

COLECCION
DE
ESCRITORES CASTELLANOS

FERNAN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS

VII

LA ESTRELLA DE VANDALIA

¡POBRE DOLORES!

UN SERVILON Y UN LIBERALITO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.

1906

NOVELISTAS



PRÓLOGO

Al comenzar estas pobres líneas, miserable fachada que pego con vergüenza á dos tan graciosos monumentos, y al escribir de novelas, según creo, por primera vez, después de tanto como he escrito en este mundo, juzgo que mis lectores no llevarán á mal el que principie confesándome con ellos sobre esta materia, á fin de que conozcan desde luego mis aficiones, mis hábitos, casi iba á decir mis doctrinas, algo de lo que siento y lo que pienso acerca de una lectura tan generalizada en nuestro siglo y en nuestro país.

Declaro, en primer lugar, que soy enteramente de éstos—de mi país y de mi siglo—en el particular de que estamos hablando; declaro que la buena novela me enamora, me cautiva, me arrastra; que pocas distracciones tienen para mí un encanto igual; que embebido en saborearlas y aun en devorar-

las, he pasado y paso todavía horas y horas, discurriendo con sus autores, viviendo con sus héroes, tomando una activa parte en la ficticia, escogida existencia que son su atmósfera y su terreno.—Si este es un defecto por ventura; si todas las personas graves y formales que me oyeren lo estiman una aberración de juicio ó una puerilidad de carácter, inclinaré la frente y me someteré al rigor de la sentencia común. Pero si hay algunos que conciban semejante ocupación como un decente y provechoso solaz en medio de las pesadas tareas del foro y de las acerbadas realidades de la vida pública; si los hay para quienes esa afición á lo distinguido, á lo romancesco, á lo ideal, pueda elevar el ánimo, perfeccionar el gusto, inspirar amor á lo bueno y á lo bello, contribuir, en una palabra, al ennoblecimiento de nuestro espíritu y á la mejora de nuestro ser, permítaseme entonces que me confirme y aferre en mi costumbre, y que, ya que no haga gala de una impenitencia procaz, diga sencillamente, pero sin rubor, que tengo pasión por las novelas, como la tienen algunos por las flores ó por la música, como la tienen otros, y yo también con ellos, por las estatuas y por los cuadros.

Claro, sin embargo, está—y apenas era necesario decirlo—que no todas las novelas, ni aun todos los géneros de novela, han de ser ni pueden ser igualmente aceptables para mí. Desde luego, hasta me parece excusado el descartar para condenarlas las que pertenecen á los géneros sucio y tonto; las que se apartan de los ojos con disgusto; las que se caen de las manos por falta de interés, por falta de talento, por falta de estilo. En obras que se dirigen al corazón y á la mente, condenado está por sí mismo lo que ni ilumina la mente ni tiene que ver con el corazón. En obras que pertenecen al arte, condenado está lo que no tiene condiciones artísticas. Todo el mundo conoce que lo impudente no puede causar sino asco; que lo necio y lo estúpido sólo han de producir fastidio y sueño.

De otra cosa, pues, queríamos hablar cuando hemos dicho que hay novelas, ó géneros de novelas, que nunca nos agradaron. Y como estamos en acto de confesión, lo declararemos también tan sincera como ingenuamente.

Me repugnan ante todo, y me han repugnado desde niño, las que podría llamar novelas anatómicas; aquellas en que, no sé si con verdad ó sin verdad, se analizan, se des-

componen, se reducen á polvo los sentimientos humanos, cual si fuesen nervios ó tegumentos, pretendiendo llevar el escalpelo hasta sus principios más recónditos y elementales, y colocando en una especie de microscopio sus partículas, para que nos den por consecuencia monstruos que no se conocen en el mundo, doctrinas que no son las doctrinas de la sociedad. Tales novelas no necesito de seguro nombrarlas: todos las conocemos; todos hemos tropezado con ellas alguna vez; todos las hemos oído celebrar y recomendar como el límite del ingenio, como la corona de la filosofía y del arte. Pero en cuanto á mí, vuelvo á repetir lo que llevo dicho: siempre me han sido antipáticas tales obras, como me lo es una lección de patología, ó como me lo son esas estatuas de cera que nos demuestran al desnudo las cavidades de las vísceras humanas. Puede cautivar, y cautiva ciertamente mi ánimo, la observación delicada y exacta de nuestros sentimientos; mas esa que pasa á descomposición total, á análisis quirúrgica, ni la sigo con deleite, ni la sufro siquiera con resignación. Suponiendo que semejantes análisis sean verdaderas, paréceme que no es á la literatura, sino á la medicina, á quien corresponden; si

á más de ello fuesen voluntariamente mentirosas, creo que no se las deberá colocar sino en la región de los más repugnantes delirios.

Otras novelas á las que tampoco me he acostumbrado jamás, son las que sirven de cuadro á predicaciones socialistas. Y no por que el socialismo, en mi juicio, carezca de importancia y no deba mirarse con cuidado y con respeto. Derivación, aunque sea bastarda, del espíritu cristiano; engendro doloroso de males incuestionables que no basta cerrar los ojos para no sentir, es algo más que uno de esos accidentes políticos que duran el espacio de pocos días y que sólo dejan en pos un nombre que se olvida luego, y un pequeño vacío que bien pronto y de cualquier modo se llena. El socialismo es y vale mucho más. Ni concebimos un hombre de bien que no tenga el germen de su crítica en el fondo del corazón, ni vislumbramos otro medio de combatir y de enfrenar el desbordamiento de sus ideas, tan destructor y tan terrible, sino el de la sublimación de los principios pura y santamente cristianos, la justicia, la libertad y la caridad, que resuelven todas las cuestiones humanas hasta el punto que nos es dado resolverlas en esta vida de tránsito, de imperfección y de sufrimiento.

Mas aun considerando al socialismo como una cosa grave y seria, hemos tenido la desgracia de encontrar siempre á sus novelistas á la par peligrosos y pueriles; falsos en los caracteres y declamadores en los sentimientos; afectando algo que no nos ha parecido sincero ni real; copiosos en palabras *humanitarias*, pero que mal distrazan sólo, y que no pueden encubrir su espíritu de rencor á lo que es digno y respetable. Yo no sé si procede esto de la propia naturaleza de tal doctrina, exageración, caricatura de la doctrina evangélica, y dada, por consiguiente, á caricaturas y exageraciones; si se deriva de la situación hostil en que se halla respecto á las antiguas sociedades, y que la impele á esos extremos de hostilidad y odio; si nace, por último, del carácter personalmente agresivo de sus más renombrados escritores que se derrama de su pluma en una emanación tan necesaria como natural. Pero, sea lo que fuere de la causa, el hecho es cierto, es evidente, si no se iluden mis sentidos y mi razón; y las novelas socialistas, que no son en su fondo obras ni de entretenimiento ni de arte, sino meras máquinas de demolición social, libros de pura y ardiente controversia, se me presentan tan desnudas de lo que debía for-

mar su atractivo, de lo que debía envolver entre sus halagos la enseñanza, que no puedo menos de repelerlas con duro desdén, repitiendo el *incredulus odi* del eterno legislador en materias de gusto.

Aparte de las novelas *tontas*, de las novelas *anatómicas* y de las novelas *socialistas*, todos los demás géneros son buenos y aceptos para mí; como que recrean la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico; la pintura de caracteres, la narración de sucesos extraños, las combinaciones de imaginación ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propio de las situaciones patriarcales, mi entendimiento y mi corazón los siguen á uno y otro terreno, los acompañan por una y otra vía, y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora

desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos y los llevo adonde Walter Scott nos retrata con admirable lucidez las verdaderas costumbres de la Edad Media; Lesage las del decimoséptimo siglo; Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos; Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros días; adonde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados*; adonde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un talento escénico que tiene pocos parecidos y con una desenvoltura de imaginación que aturde tanto como embelesa, nos da en sus *Mosqueteros* un libro real de Caballería, como es posible en el siglo décimonono, el contentamiento y la satisfacción quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se ve reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no menos vivo interés.

Y no he querido citar, de propósito, entre esos distinguidos nombres que resumen los diversos géneros de la buena novela actual, otro nombre más claro todavía, y que, consagrado por la unánime aprobación de gene-

raciones y generaciones, se levanta y descuel-
la entre todos

quantum lenta solent inter viburna cupressi.

Tal es, sin duda, el del autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; la primer novela que se ha escrito en el mundo; á la que ni en fuerza de observación, ni en verdad de caracteres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto ni en lo ideal, llega ni se acerca ninguna otra de cuantas ha concebido el ingenio humano; siempre fresca y lozana, á pesar de sus dos siglos y medio; siempre leída con el mismo placer y admirada con el propio entusiasmo que en los primeros días; única en el orbe que, después de haber llenado plenamente un especial designio, y cuando parecía que no tuviese ya objeto ni razón, sigue deleitando á toda clase de personas, á la par que desesperando á cuantos cultivan estas flores del espíritu y se afanan por encontrar algo que la imite, ya que no la iguale. De propósito no queríamos hablar de ella, por lo mismo que un profesor ordinario de arquitectura no hablará á sus oyentes de la Gran Pirámide de Egipto ó de San Pedro del Vaticano: que

hay monumentos, y también hay libros, ante los cuales bajamos la frente los hombres del común, como que son nuestro asombro todavía más que nuestro orgullo: que hay nombres que no se pueden pronunciar en medio de otros nombres, porque es necesario al pronunciarlos descubrir la cabeza, inclinar los ojos y colocarse en una respetuosa actitud, como delante de reyes de la inteligencia, enviados por Dios de tiempo en tiempo para abrirla nuevos horizontes y para conducirla por nuevos caminos.

Dejemos, pues, en su incomparable gloria á Miguel de Cervantes Saavedra, blasón de España y eterno modelo de cuantos se propongan enlazar la realidad á la ficción; limitémonos á algo más compatible con nuestra pequeñez, y fijémonos en luces que puedan soportar nuestros ojos sin deslumbrarse y cegar con su brillo. También son altos y dignos los segundos puestos, cuando es tan ingente el que posee una primacía no compartida por ningún otro.

No sé si, continuando ahora en mis declaraciones, deberé también confesar que, incitado por esta idea, y más aún por mi afición al género, hubo una época en que deseé cultivarle, y pensé muy seriamente en alguna

obra que concebía como de agrado y de interés. Padece, sin duda, en ello mi pobre amor propio; pero reconozco y declaro con toda humildad que no supellevar á cabo semejante intención, y que me sentí inhábil para una empresa que verdaderamente me halagaba. Ora fuese porque carezca en realidad de la clase de talento que es necesario para tales invenciones y narraciones, ora porque, fija mi idea en ejemplos muy nobles, quisiese llegar hasta ellos de la primera vez y no me resignara á lo que me parecía harto lejano de la perfección, es lo cierto que se negó mi pluma á extender y desenvolver lo que confusamente apercibiera mi espíritu, y que después de varios ensayos inútiles conocí que no había nacido para novelista, y me resigné á carecer de esa gloria, y sobre todo de esa satisfacción que me habría sido mucho más importante.

Lo que resultó de ese conato frustrado, de esa triste percepción de mi inhabilidad, fué que desde entonces estimé en más todavía el título de buen autor de novelas, y admiré más lo que no me encontraba con fuerzas para poner por obra. Esta es, indudablemente, una ley de condición humana. Lo que hacemos, lo que nos sentimos aptos para hacer, nos parece siempre obvio, fácil, de menor

mérito; lo que escapa ó excede á nuestra aptitud, eso es para nosotros lo difícil, lo meritorio, lo grande. Yo he escrito de política, de legislación, de artes, de historia; yo he compuesto poesías y dramas; yo he explicado en la cátedra, informado en el tribunal, disertado en la Academia, improvisado y discutido en el Parlamento; todo eso me parece sencillo. ¿Sabéis lo que encuentro grave, lo que me causa admiración, casi iba á decir envidia? Escribir buenas novelas, porque no he sido capaz de hacerlo; y predicar buenos sermones, porque no concibo que se predique sino de memoria; y yo, ni supe jamás la lección cuando era estudiante, ni he podido aprender en mi vida la suma de veinte palabras.

Llegado á este punto de mi confesión, y habiéndome hecho conocer, según creo, de los que me leyeren, en mis relaciones generales con la novela y los novelistas, razón es que nos dirijamos ya á FERNÁN CABALLERO y á las suyas, y que complete desde ese punto de vista especial lo que puedo decir en esta fastidiosa adherencia que, con el nombre de prólogo, autoriza una mala costumbre.

Hace muchos años que conocía á FERNÁN CABALLERO, aunque no le conociese con este

nombre. Era yo un oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, ocupado en revolver el *Digesto* y la *Novísima Recopilación* cuando él—que entonces no era *el*—brillaba entre lo más distinguido de aquella sociedad por las gracias de su persona, realzadas con lo claro y lo apacible de su talento. Yo no le trataba, y aun juzgo no haberle saludado por aquel tiempo ni una vez siquiera. Le admiraba, como todos los que le veían, porque Dios ha querido que se admire en todas las esferas lo bello y lo simpático; pero ni yo ni nadie, ni él mismo quizá, presumía á la sazón que debiésemos alguna vez admirarle de la manera y por los motivos que lo hacemos ahora.

Abandoné de allí á poco á Sevilla, vine á Madrid, corrieron años y años, y al cabo de ellos apareció FERNÁN CABALLERO en el mundo de las letras, y su novela de la GAVIOTA vino á anunciar á España que poseía un notable escritor, capaz de ponerse en línea con los que honran á cualesquiera otros países. La aprobación, el entusiasmo fueron unánimes: siguiólos, como era preciso, la curiosidad, aguijoneada por un evidente pseudónimo; y roto bien luego éste—que nunca duran mucho semejantes velos, y menos aún en la época de publicidad que

alcanzamos—, hube de recordar con singular complacencia aquella grata aparición de mi juventud que ostentaba un alma más hermosa todavía en los puros, interesantes, amables conceptos de su ingenio.

No me incumbe á mí estimarlos ni avalorarlos todos y con detención en este breve trabajo. Vengo después de jueces muy competentes que lo han efectuado de algunos con plena justicia, y no es, por otra parte, lo que me he propuesto el hacer un prólogo universal para las presentes obras. Cumpliría, pues, diciendo algo sobre LA ESTRELLA DE VANDALIA y ¡POBRE DOLORES! que van á encontrar sus lectores en este tomo; que saborearán de seguro con el mismo placer que han experimentado en los precedentes, y que les harán desear otros nuevos, igualmente ricos en emociones tiernas y cristianas. Aun ese algo me parecería demasiado si temiese que pudiera servir para dilatar el conocimiento de las propias novelas, y no creyese, como creo, que la inmensa mayoría del público ve siempre—y con mucha razón—los prólogos después que tiene vistas y se ha empapado en las obras.

¿Cómo es posible, sin embargo, escribir sobre cualquiera especial de un autor, par-

ticularmente cuando se le aprecia, cuando se tiene por él una justa simpatía, cuando se le sigue en todo su camino con *amore*, y no decir nada sobre sus dotes generales, sobre su manera, su sistema, sus perfecciones, su mérito? La tentación es demasiado fuerte para resistirla; el deber demasiado claro para desatenderle, y como lo que podrá haber en ello es imprudencia á lo más, pero no pecado, ha de permitírseme el consignar aquí en una docena de frases lo que, si se puede ya presumir por la mera lectura de estas dos pequeñas obras, se ve plenamente justificado por la de los tomos que las preceden, y que tienen de seguro á la vista los que nos honran con su atención en este momento.

Principiaré exponiendo lo que hiera más la mía en las novelas de nuestro autor, lo que me parece su rasgo supremo y característico: tal es la grande, la completa espontaneidad que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitación; nada procede y nace de la profesión literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidente-

mente, ya de su instinto creador, ya de una observación fiel y esmerada de personas y de cosas vivas y reales. Yo no sé si FERNÁN CABALLERO había leído ó no había leído muchas novelas antes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del más puro y sencillo natural, y que al trasladarlos al papel dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y sólo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte: la exactitud, la verdad en el fondo del retrato, la idealidad en la expresión de la propia figura retratada.

Ignoro lo que pensarán otros; pero confieso que esta circunstancia que acabo de exponer es para mí de gran valor y de una estimación suma y decisiva. Estoy cansado, aburrido, de leer imitaciones y más imitaciones de los buenos novelistas—y aun de los que no son buenos en mi concepto—, he-

chas por quienes, no alcanzándoles en mérito ó habilidad, deslíen sus propósitos, amenguan sus bellezas y parodian tristemente sus obras. Veinticinco años hace era el género de Walter Scott el que diariamente se nos daba con nombres españoles; después ha sido el de Eugenio Süe; hoy es el de Alejandro Dumas, aunque sin su imaginación, sin su talento dramático y sin su gracia narrativa. Se les ha visto célebres, se les ha juzgado interesantes y se les ha imitado por ello, creyendo obtener celebridad y ganar interés, sin comprender los imitadores que existía un maestro superior á todos esos maestros: la Naturaleza; ó sin tener ojos para ver ni corazones para sentir lo que ésta nos ofrece de primitivamente bello, de digno sobre toda comparación de ser observado y retratado. Copiando é idealizando, pues, con lentes que eran de otras vistas, sus copias han resultado falsas, y pueriles y absurdas sus idealizaciones. Pueden agradar por naturales los maestros; pero de seguro no agradan por amanerados los discípulos.

Véase, pues, cómo aprecio tanto en FERNÁN CABALLERO esa originalidad, esa espontaneidad, esa franqueza, que por primera dote le reconozco. Véase por qué la estimo y

la señalo sobre todas las demás del artista y del escritor. Véase por qué comprendo que se cifra en ella su más brillante corona. Escapar al peligro de la imitación y de la escuela en este tiempo; copiar *d'après nature*, cuando copian tantos de las que ya son copias, y por cierto no muy fieles; desechar esas malas tradiciones; romper esos tristes prestigios; tener valor para empaparse en la pura, en la franca, en la *verdadera* verdad, y para presentarla sin rodeos como sin afeite: he aquí lo que ya indica por sí solo un espíritu sano, un entendimiento recto, un juicio merecedor de toda alabanza. Y si añadimos á eso que, no sólo ha observado por sí, sino que ha observado bien; que ha escogido con talento; que ha pintado con fuerza; que ha sentido con ternura; que ha pensado con corazón, ¿qué otra cosa más hemos de pedirle para ofrecerle en cambio de todo nuestra sincera simpatía y nuestros fervorosos aplausos? ¿Qué otra cosa más se pidió ni se ha de pedir, por ventura, al novelista, desde que el ingenio humano halló la novela, y en tanto que acaricie y conmueva esa obra del arte con sus delicadas ficciones la inteligencia y el corazón de la humanidad?

No es esto decir que una crítica descontentadiza dejaría de hallar en las obras de FERNÁN CABALLERO leves lunares sobre que poner su fría y descarnada mano. ¿Cuál es, por ventura, el autor que deja de ser hombre, y que no cae como tal en algún humano defecto? Pero ¿qué importa que peque alguna vez contra la exactitud histórica, como cuando atribuye á los *Romanos* el *sic lucet in VANDALIA*; ó que también peque otras contra el Diccionario de la Academia usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? ¿Por ventura hace profesión de cronista ni se propone escribir unos anales de nuestra nación? ¿Por ventura puede escapar él al contagio que más ó menos nos ha alcanzado á todos, ó se han de libertar su dicción ni su lenguaje de lo que trae consigo la desafortada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos; si describen con admirable exactitud; si expresan los afectos con patética sencillez; si son á veces sublimes por esa simplicidad misma, ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar ó una leve mancha, en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? FERNÁN CABALLERO no tiene, de se-

guro, presunciones académicas, y, eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la cuenta, ni con la gracia con que él la escribe. En cuanto á mí propio, ya dejo dicho que no puedo, que no sé.

Quizás hay en él — porque queremos ser completamente sinceros —, quizás hay en él un defecto mayor que los indicados; mayor, por lo menos, desde el punto de vista del arte y con relación al propio fin que le mueve y le anima en sus propósitos. Tal es el de suspender ó abandonar á veces el papel de narrador para convertirse en el de maestro de moral; el de no contentarse con que la enseñanza de ésta se derive naturalmente de los hechos referidos, y que la saque ó deduzca de ellos el lector; avanzando, por el contrario, á presentársela, á dársela, y no sólo en alguna exclamación ó reflexión corta y breve, sino en razonamientos, en explicaciones, en tono de predicador, ó más bien de controversista.

Yo bien alcanzo que cuando FERNÁN CABALLERO toma ese camino, su doctrina es buena, puro su intento, motivada por lo co-

mún su obra; pero, aun así y todo, creo que ganarían artísticamente sus libros en que no se dejara ir por esa pendiente que le arrastra, y que de seguro no perderían nada en el propio objeto moral, pues que las consecuencias que él no sacase las sacaríamos todos á nuestra vez, y sin duda con mayor gusto, y sin duda también con mayor provecho.

Permítaseme explicar de todo punto esta idea, acerca de la cual no quiero que quede incertidumbre. De seguro es el complemento de todas las obras de imaginación el que se aspire al disfrutarlas una enseñanza cristiana y sólida; de seguro es el más noble designio de todo novelista el que sus ficciones, á la par que agradables, sean útiles, sean engendradoras de bien. Mala y vergonzosa corona es la del escritor que ve lanzado su libro del hogar de una honesta familia; triste celebridad la del que despierta pensamientos impuros en el corazón de los jóvenes, ó tiñe de rubor la mejilla de las doncellas. Pero no es, á nuestro juicio, la predicación directa la que produce lo uno ni la que impide lo otro. La gran prueba de ser bueno, enteramente bueno, un libro de esta clase no está en las máximas que ostenta y declama, sino en los

sentimientos que inspira y produce. Esa gran prueba sólo resulta de que, leyéndose con avidez luego que se ha tomado en las manos, deja el ánimo al concluirle en una disposición mejor, más moral, más á propósito para la virtud que cuando se le comenzara. Toda vez que se reúne lo uno y lo otro, no hay que pedir más á las obras del novelista: son interesantes, que es su naturaleza; son morales, que es su ley. Temed que no se tornen, exagerando esta última, en tratados expresos de moral; temed que no pierdan de ese modo su sabor y su atractivo, y que no llegue á nacer de ahí lo contrario de lo mismo que se anhela. No olvidéis nunca la octava del Tasso, suprema norma en este particular de razón y de buen gusto:

*Sai che là corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;*

.....
*Succhi amari ingannato intanto ei beve,
E dall'inganno suo vita riceve.*

Basta ya, me parece, de juzgar á FERNÁN CABALLERO en este aspecto general que me propuse. Gran narrador, gran pintor, gran observador de caracteres, escritor original y espontáneo, al que si puede señalarse alguna leve mancha es nacida de su espontaneidad

propia, uniendo á todo ello el delicado perfume que los hombres, *hombres*, no saben dar á sus obras, ocupa en el día un lugar muy merecido y muy alto, no sólo entre los novelistas españoles, sino aun entre todos los novelistas europeos. No siguiendo las huellas de nadie, dejándose llevar por esa inspiración libre que ha sido una inspiración buena, ha recorrido un camino de aciertos y de triunfos entre el doble aplauso de las personas de letras y de las personas de corazón. Unas y otras han derramado lágrimas sobre estos libros, sin poder abandonar su lectura, mientras que la madre de familia honrada y diligente los ha entregado y los entrega con toda confianza á los tiernos seres que Dios puso bajo su custodia. Así, la prueba de que hablábamos antes está realizada, está vencida; y las obras de FERNÁN CABALLERO, ganando en ella ventaja á otras muchas obras de inmensa celebridad, ocupan á un tiempo los estantes de las bibliotecas, los dorados veladores de los salones y las pobres camillas de pino, en cuyo alrededor se consumen las largas horas de la noche en el humilde interior doméstico.

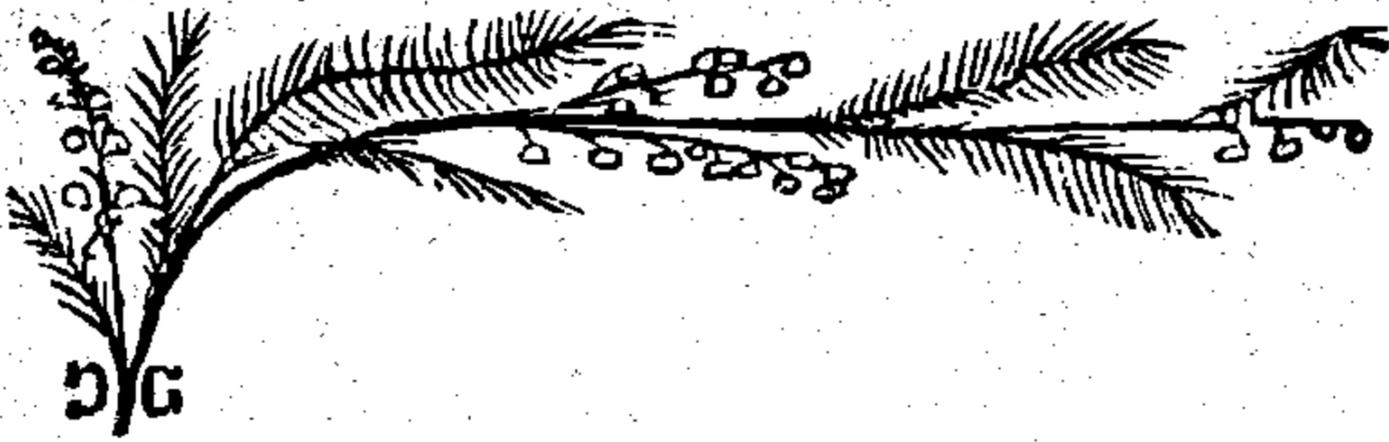
Cuando sucede de esta suerte, todo lo que hubiera de decir un prólogo, ya que no sea

ridículo, es, por lo menos, excusado. No diré yo, por consiguiente, más; y si algunos extrañasen que no consagre en especial siquiera unas pocas líneas á las dos preciosas novelas de este tomo, sírvame de excusa, primero, que lo que he dicho en general de todas se aplica á ellas con tanta exactitud como á las restantes; y en segundo lugar, y sobre todo, que no puedo persuadirme hayan tenido el mal gusto de perder media hora en estas reflexiones, vagas, estériles, desnudas de agrado y de interés, y no hayan leído previamente esos lindos, esos tiernos, esos acabados cuadros que ha apellidado tan poéticamente su autor **LA ESTRELLA DE VANDALIA** y ¡**POBRE DOLORES!**

Madrid, 30 de Junio de 1857.

J. F. PACHECO.

¡POBRE DOLORES!



¡POBRE DOLORES!

CAPÍTULO PRIMERO

Hay gentes en este mundo que no pueden contar con nada, ni con la casualidad, pues hay existencias sin casualidades.

BALZAC.

ENTRE Sanlúcar de Barrameda, que despide al Betis, y la pulida Cádiz, que se abre paso entre las olas como para ir al encuentro de sus escuadras, en una saliente elevación de terreno se ha asentado Rota, pueblo que, aunque tranquilo y modesto, es de noble y antiguo origen, como lo atestiguan la historia y su magnífico castillo perteneciente á los Duques de Arcos, tan bien conservado y tan cuidado... que han pintado sus rejas de verde. Los seculares cantos sillares que forman los robustos muros del castillo y el fresco verde *casino* con

que han cubierto sus sólidas rejas, forman, no sólo un contraste, sino una disonancia que las personas entendidas y de buen gusto comprenderán mejor de lo que nosotros pudiéramos decir.

Hacia el lado que mira al Sudoeste, esto es, el que hace frente al océano Atlántico, el elevado terraplén en que se asienta el pueblo descende abrupta y perpendicularmente desde una gran altura hasta la playa. Ésta presenta el uniforme aspecto que da el contacto del mar á la tierra que lame; muertas arenas alternativamente bañadas y abandonadas por las olas, en las que se busca con indistinto ahinco algún curioso secreto del mar lanzado de su profundo seno, algún triste vestigio de un ignorado y solitario naufragio, pero en las que sólo se hallan inocentes y lindas conchitas; algunas estrellitas del mar, que perdieron su luz con la vida; espumas que, arrojadas por las olas que les dieron ínfulas y brillo, decaen mustias y deslustradas; pesadas y transparentes aguas malas medidas en su masa de flema cristalina, como la yema del huevo en la clara; pobre pólipo que no se sabe si está vivo ó está muerto, porque en él tan inerte es la vida como la muerte; algún torpe cangrejo que alza su diforme mole sobre sus delgadas patas para correr con el esfuerzo y desmaña del lisiado

que se vale de sus muletas; gran cantidad de algas, que escupen á la tierra las olas que las desdeñan; algún pedazo de cordel ó de servida madera, que no son pavorosas ruinas de barcos, sino sencillamente sus desechos, y un lindo arabesco que dibujan en la tersa arena las finas huellas de las gaviotas; esto es de lo que se componen esas playas que engarzan á España, campo neutro que no adorna la tierra y que no cubren las olas, siendo así suelo sin flores y cama de mar sin perlas.

Á la izquierda del pueblo se entra el mar á pasear por la tierra, formando una ensenada, que haría un buen puerto á no tener tan poco fondo, que en la baja mar se queda en seco, y presenta una ancha extensión de negro y pedregoso cieno.

Cuando crece el mar, llega hasta las casas, guarecidas de sus embestidas por una valla natural de piedras, contra las que baten y se agitan con violencia sus olas, como las pulsaciones de un corazón oprimido.

En la punta del triángulo que forma el pueblo está el muelle, y en él los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres á Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos, que van al encuentro de los ricos huéspedes de la bahía de Cádiz para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Lo apartado que está Rota de todo camino, no siendo tránsito para ninguna parte; lo incomunicado que se halla con otros pueblos; sus ningunas pretensiones, y lo poco que figura, le dan un sosiego y una índole tranquila y patriarcal poco común, sobre todo en puertos de mar.

Un pueblo campestre, sosegado y tranquilo, asentado á la orilla del mar, que le aturde con su gran é incesante ruido, que le distrae con su inquieto y continuo movimiento, semejante al del siglo en que vivimos, y al que surcan atrevidos barcos, cada cual con su distinto gallardete, ya empujados, ya contrarrestados por las olas y las corrientes, como los hombres que actúan en la época presente; un pueblo en estas condiciones nunca ha podido completar para nosotros el ideal de lo campestre. Simpatízanos más aquel que por horizontes sólo tiene sus campos de trigo y sus olivares; por ruido únicamente el canto de sus pájaros, el cacareo de sus gallos, el murmullo de sus árboles y el toque de su campana, y que por vecino más cercano sólo tiene otro pueblo á quien llama compadre.

La mar y la tierra son contrapuestos, como lo son lo tranquilo y lo agitado, la estabilidad y el movimiento, la seguridad y el peligro; como lo son lo que produce y lo que destruye.

No obstante, difícil sería hallar otro lugar más pacífico que Rota, y que tuviese habitantes más laboriosos é industriosos en agricultura, que es la industria genuina del país.

Todos los roteños tienen su tierra propia, que cultivan, porque hay pocos labradores en escala grande. La uva, el melón, la sandía y toda clase de legumbres, que son siempre tempranas y muy buenas, constituyen sus principales ramos de cultivo. Entre éstas sobresalen, por su tamaño, cantidad y buena calidad, las calabazas y los tomates, cuya abundancia ha valido á los roteños el apodo de *tomateros*; así como es igualmente notable la enorme cantidad de canastos, puestos allí en uso para la traslación de sus cosechas.

Los andaluces, que, como es sabido, hacen burla de todo, sin exceptuarse los unos á los otros, y que con este fin inventan una innumerable cantidad de cuentos, sobrenombres, chascarrillos y coplas, tienen un abundante repertorio, en que son víctimas los buenos roteños.

Entre los muchos, sacaremos unos cuantos, no sólo porque nos parecen muy graciosos, sino también porque son una muestra legítima de la clase de chiste y del giro de ideas de este agudo é ingenioso pueblo andaluz.

En una ocasión quisieron hacer los roteños una función á su santo patrono San Ro-

que. Con este motivo convidaron á un predicador de fama y á otros dos clérigos, que vinieron á hospedarse en casa del Alcalde.

Averiguado por éste que lo que querían cenar sus huéspedes era chocolate, llamó á la cocinera y le mandó hacerlo.

—Pero ¿qué se le echa?—preguntó aturrida la cocinera.

— Agua — contestó su amo.

La cocinera se quedó suspensa; mas acordándose que allí cerca vivía una mujer que tenía fama de ser la mejor cocinera del pueblo, se fué allá y le preguntó que cómo se hacía el chocolate.

—¿Y qué te ha dicho tu amo?—preguntó la profesora.

— Que lo haga con agua.

—¿Con agua no más?—repuso la otra—. ¡Jesús! Sépate, mujer, que quien le quita al chocolate el tomate, le quita toda la gracia.

Tema que han puesto *muy bien enversado* de la manera siguiente:

Una señora fué á Rota
para buscar cocinera,
y la encontró desde luego;
pero le advertía ella
que no sabía guisar
con tocino la puchera,
sino con pringue de olivo
y con salsa tomatera.

Este es otro:

Los roteños se propusieron escalar el cielo con sus canastos. Al intento, los fueron poniendo unos sobre otros, de manera que pasaron más alto de la luna y las estrellas. Sólo les faltaba uno para llegar al cielo, y ese uno no lo tenían por estar ya todos colocados. Para no dejar por tan poca cosa de conseguir su intento, sacaron de debajo de todos el primero que habían puesto, con lo que todos los demás se vinieron al suelo.

A lo que acompaña la misma idea en verso:

Un roteño de los listos
Sobre canastas quería
Subir al cielo, por ver
Si tomates allí había;
Mas para llegar al cielo
Una canasta faltó,
Agarró la de debajo...
¡Y junto á Londres cayó!

Y éste el tercero:

Una vieja de Rota se encontró en un camino con uno del Puerto, que venía cantando el romance del Gran Capitán, y ambos se encararon en el momento que el del Puerto cantaba:

Aquella sangrienta espada
Que á los bárbaros de-rotá.

—¡Los del Puerto serán los bárbaros, so tunante!—le dijo furiosa la vieja.

En cuanto al sinnúmero de coplas, sólo unas cuántas daremos por muestra:

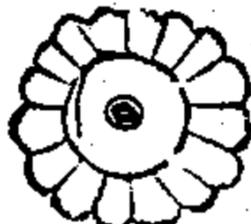
No se ha podido saber,
Ni se sabrá á punto fijo,
Los borricos que hay en Rota,
Porque llega á lo infinito.

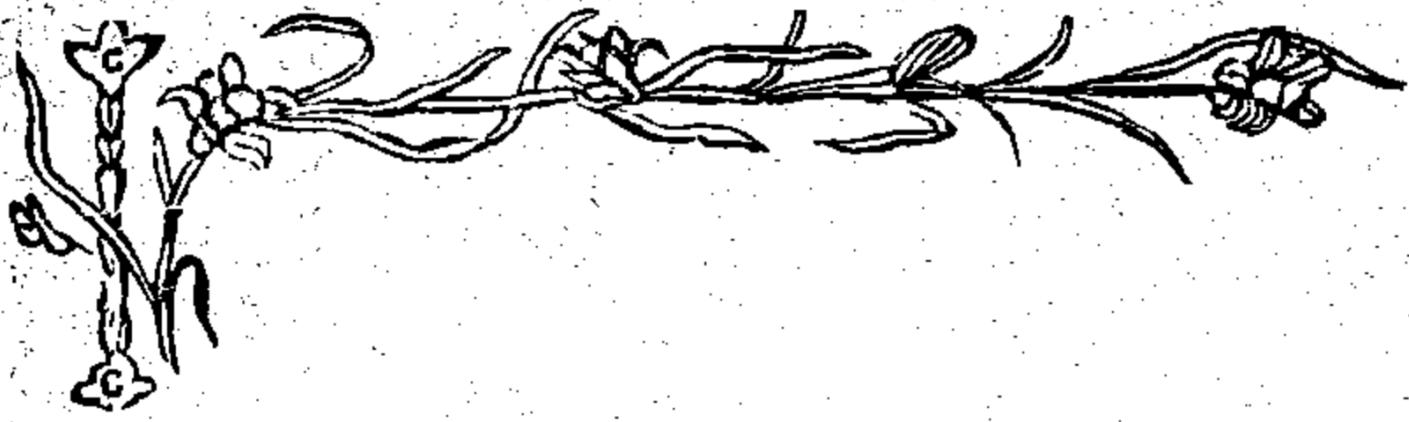
Los roteños á sus novias
Acostumbran regalar
Pepitas de calabaza,
Que son confites allá.

Un hombre sabio de Rota
Estaba pensando un día
Que si no hubiese tomates
El mundo se acabaría.

En fin, para concluir, hasta en la calamitosa época de los franceses les sacaron ésta:

Si á Rota le apuntaran
Las baterías,
Ella con sus tomates
Las hundiría.





CAPÍTULO II

NADA recrea más la vista ni alegra más el corazón, que ver al caer la tarde volver del campo á los labradores. Cada cual viene montado en su burra, que las más veces es seguida de un ruchillo que corre y salta, gozando de su corta niñez, como si le avisase un instinto profético que esa alegría, ese solaz, esos alegres saltos, serán los primeros y los últimos en su triste vida de trabajo y de desprecio. Traen los labradores sus serones llenos de frutas y de legumbres, coronados de frescos tallos de maíz, que son la cena de su buena compañera; ésta apresura su lento paso al ver llegar á los niños, que salen al encuentro de sus padres. Completa la comitiva un perrito basto y feo, pero humilde y fiel, que se cuenta como de la familia, y que no dejaría el pedacito de pan que le da su amo por todos los manjares de un palacio. Unos padres alzan al más pequeño de los niños y le sientan delante de sí, mientras los mayores abrazan y retozan con

el ruchillo. Otros se apean, sientan en la burra á los mayores, y llevan en sus brazos al más pequeño; y cada uno de estos variados grupos se dirige á su casa, en que les aguarda la madre y la esposa feliz.

¡Oh! ¡qué de veces hemos mirado con profundo enternecimiento estos cuadros de íntima y pura felicidad, que no se ostenta ni se oculta, que no brilla ni se esconde, como la suave luz de la luna! Y nos hemos preguntado con amarga melancolía: ¿Por qué la cultura material, con su insaciable ambición, su refinamiento de goces y su estúpida elegancia de formas, ha reemplazado estos santos y puros goces, con otros que tampoco satisfacen al corazón, á la poesía del alma ni á la conciencia? Porque, despreciando esta felicidad que Dios nos brinda y enseña, ha concebido otra facticia que, con sus anhelos por lo irrealizable, osa echar el desprestigio sobre aquella que nuestro destino, Dios y la razón nos señalan.

¡Cuándo comprenderemos que lo ideal no se debe buscar en los aires, en un globo sin dirección y sin rumbo, llevado al soplo de las pasiones, sino que el que nos debe servir de norma y de anhelo está bajo nuestra mano, como flores con que Dios siembra la senda que nos ha trazado! ¡Cuándo se convencerán los poetas, esos ruiñeños que can-

tan y nos alegran en los días claros, y nos consuelan en las noches mustias de que se compone nuestra existencia, que mientras exalten, exageren é idealicen las pasiones del hombre podrán agradarle y lucirse, pero que no contribuirán, como deberían hacerlo, á su bienestar y á su mejora!

No es decir por eso que no existan las pasiones. Ellas en lo moral, así como las calenturas en lo físico, son males de la humanidad, que no llegan á destruir ni los esfuerzos de los moralistas, ni los trabajos de la medicina; y sería difícil—á no escribir un idilio—el pintar escenas de la vida humana sin que en ellas, tarde ó temprano, ocupasen un lugar. Pero la mala y extraviada propensión está, á nuestro entender, en graduar de bello, noble ó interesante, el estado en que nos ponen, y aún es peor el craso error que las pinta como propias de almas superiores. Las almas superiores las moderan, si son buenas; las vencen, si son malas.

Venía hacia el pueblo de Rota, una suave tarde de verano, un anciano montado en su burra. Seguíanle dos mozos bien parecidos, morenos y airosos, llevando sus azadas al hombro. Ya cerca de su casa, vieron venir á un niño de cinco años que traía á remolque una niña de tres, sofocado y colorado con los esfuerzos que hacía para apresurar la marcha

aún vacilante de su hermanita. Paróse el jinete, y el mayor de los mozos, cogiendo á los niños, que eran sus sobrinos, colocó el uno al lado derecho y el otro al lado izquierdo del anciano; hecho lo cual, la burra, sin recibir aviso, volvió á emprender su pausada marcha hasta llegar á una casa, á cuya puerta se paró sin ser necesario que resonase el ¡soo! en sus orejas gachas.

Antes de entrar en esta casa, que pertenecía al anciano jinete, es preciso describirla y dar cuenta de quiénes eran sus moradores.

Entrábase, al atravesar la casa-puerta, en un gran patio entrelargo, empedrado de menudos chinos: á la derecha tenía un gran arriate, en que se aglomeraban tantas flores, arbustos y enredaderas que parecía un congreso de plantas; á la izquierda lo cubría un espeso emparrado, delcual colgaban racimos colosales; al frente estaban las puertas de la cocina, cuadra y corral, y una escalera maciza de ladrillos sin techar, que llevaba á un sobrado ó desván. A la derecha de la puerta de la calle había una salita y una alcoba; á la izquierda otra igual, á las que seguían unas cuantas habitaciones con salida al patio. Cerca de la cocina, y con ventana al corral, tenía otro cuartito tranquilo é independiente.

Esta buena y desahogada casa, á pesar de repetir su dueño, el tío Mateo López, muy

á menudo: «Vecina, ni Santa Catalina», tenía todas cuantas podía contener.

El partido de la izquierda lo vivía su dueño con su familia, inclusa su hija Catalina, casada con un yegüerizo, y madre de los niños que hemos visto venir á recibir á su abuelo.

Tenía arrendado en seis reales al mes el sobrado á la viuda de un infeliz marinero que se había ahogado y había dejado á su mujer enferma y con dos hijos, la que no se lo pagaba nunca; el tío Mateo tampoco le pedía los caídos, haciéndose esta buena y juiciosa reflexión: «¡Si no tiene la *desdicháa*, ¿cómo ha de pagar?»

El cuarto inmediato á la cocina se lo tenía dado de balde á un pobre fraile desde la ex-claustración.

La sala de la derecha se la tenía arrendada en diez reales á un carabinero y su mujer, y éstos eran los únicos que pagaban.

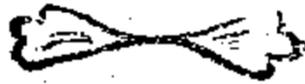
El carabinero era un excelente hombre, llamado Canuto, y á nadie le venía mejor el nombre, porque no se dió nunca hombre más flaco, más tieso ni más vacío. Había sido soldado, y siempre un soldado grave, serio y de pocas palabras; pero, desde que era carabine-ro, esto es, hombre de confianza del Gobierno, había llegado su gravedad á lo inmutable de la de un Catón de mármol.

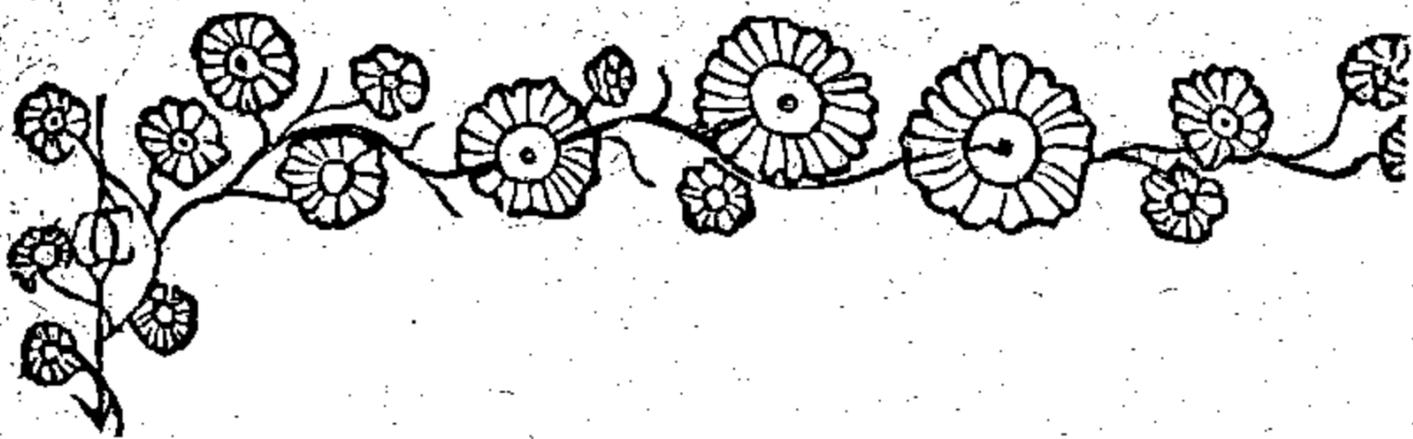
Señor Canuto, que no había tenido desde que nació voluntad propia, era el más celoso de su autoridad, y no se mudaba chaleco sin preguntar á su mujer cuál era el que debía ponerse. Había sido cincuenta años atrás blanco y rubio; mas el pícaro del tiempo y los malvados trabajos no habían dejado por vestigios de estas dos ventajas sino unos bigotes que parecían dos estropajos. Pero su mujer decía que había sido su marido más blanco que una azucena y más rubio que unas candelas, y que, aun á lo presente, en sus espaldas se podía escribir como sobre un pliego de papel.

Pepa, que así se llamaba su mujer, era mucho más joven que él, y una de esas mujeres modelo, que tienen de suyo los más bellos dotes para prestarlos y dedicarlos á sus maridos, más por amor que por deber; mejor dicho, por la fusión del amor y del deber; fusión tan dulce y santa como sabia y admirable. Tienen talento para guiar á sus maridos y enmendar sus torpezas, cuando las hacen, haciéndolo de modo que les persuaden, así como á los demás y á sí mismas, que son ellos los que aciertan y llevan razón; la prudencia para templarlos, sin que conozcan la intención, como las madres tienen sus cantos para dormir, distrayéndolos, á sus hijos; la resignación, para inculcársela con la

palabra y el ejemplo; el sumo orden y limpieza, para que estén ellos siempre bien atendidos y vistan con lujo y primor; la condescendencia hasta ocultar el propio sacrificio, por no hacer parecer exigente al que los impone, y, sobre todo, el apego, la abnegación y el propio anonadamiento, á punto de que, si no fuese tan respetable su origen, llegaría á ser ridículo cuando el marido no es acreedor á ello.

Señor Canuto casi nunca abría la boca, en lo que hacía muy bien. Pero cuando sucedía, era hablando lacónicamente, por sentencias y con gran aplomo, persuadiéndose que todos los oídos eran tan benévolos como los de su mujer. Y, en realidad, en cuanto á los habitantes de la casa en que vivía, no se equivocaba del todo nuestro buen carabinero.





CAPITULO III

EL exclaustro que había recogido la excelente familia de López se llamaba el P. Nolasco, y era un buen señor. No había inventado la pólvora, ni la imprenta, ni era colaborador de ninguna enciclopedia; pero sabía lo que tenía que saber para el cumplimiento de sus funciones. Si le faltaba un algo de dignidad, sobrábale celo y conocimiento del pueblo, de sus costumbres y de su lenguaje para atraerlo á la senda del bien; lo que lograba alguna vez con un ¡carambal dirigido á los mayores y con un sosquín aplicado á los chicos. Como el instinto del pueblo es tan justo y perspicaz, por lo mismo que no tiene esa espuma de cultura — que no basta para penetrar y sobra para extraviar — conocían que el Padre *no perdía la derecha*. Así es que le querían y veneraban, aunque á veces se reían de sus cosas.

Atento á esto haremos una salvedad al mismo tiempo que una observación, y es: que hay dos clases de risas, muy distintas, ó,

mejor dicho, contrapuestas: la risa benévola y la risa despreciativa. La primera es dulce, alegre é inofensiva; la segunda es amarga, poco alegre y zahiriente. La primera nace de un corazón sano, como los claros borbotones de un manantial de aguas claras; la otra nace de un corazón duro y acerbo, y filtra como un licor corrosivo que quema y ennegrece cuanto toca. La una se corona de flores, la otra se reviste de púas. Inútil es añadir que la que inspiraba *las cosas* del buen Padre, que era queridísimo de todos, era la primera.

El Padre Nolasco estaba un poco sordo, lo que le hacía trabucar á veces las cosas que le decían. Por lo cual solía acontecer que sus exhortaciones en el confesonario servían á dos fines: como tales, para el penitente; como pláticas, para el concurso. No podía darse un hombre más sin hiel, sin que por eso dejase de tener su buena dosis de malicia, que no se la pegaba tan fácilmente el que quería engañarle. Nunca tampoco se vió otro más franco y verídico; lo que hacía que sin gastar tono de superioridad, ni menos tener agror, decía á cada cual, cuando le parecía, que iba errado y obraba mal, sin que nadie se ofendiese por eso.

En cuanto al exterior, parecía el Padre Nolasco una de esas caritas de goma elástica

que se hubiese estirado cuanto daba de sí á lo largo; tenía larga y angosta la cabeza, larga la nariz, larga la barba, largos los dientes, largos los brazos y las manos, las piernas y los pies. Vestía, desde la exclaustación, una chaqueta, un chaleco y unos pantalones negros de cúbica, que le habían sido dados de limosna por un favorecedor venido de América llamado D. Marcelino Toro, cuyas ropas, á fuerza de servir y ser cepilladas por su buena patrona, habían adquirido un brillo que las hacía aparecer de hule.

El Padre Nolasco, aunque contaba más de setenta años, era ágil, y, á excepción de algunos flatos que se curaba con *la thé*, gozaba de buena salud, gracias quizá á su frugalidad y á la sencillez de sus alimentos. La hermana de su favorecedor, D.^a Braulia Toro, le regalaba cada mes dos libras de chocolate de á treinta cuartos; el que, con unas tostaditas secas, componía sus almuerzos. Su compadre, el rico tío Gil Piñones, le regalaba garbanzos por que enseñara á sus hijos á ayudar á misa; y aquéllos, con media cuarta de carne y con media onza de tocino que le daba el serrano por que le escribiera sus cartas, formaban el puchero que comía los trescientos sesenta y cinco días del año, del que guardaba una taza de caldo para ce-

nar y otra daba á la pobre viuda que vivía en el sobrado.

Por de contado el Padre Nolasco tuteaba á cuantos habían nacido en el siglo de las luces. Un día el médico, que era un joven que la echaba de importante, le hizo notar que esa libertad que se tomaba era contra la dignidad del hombre.

—¡Dignidad del hombre!—contestó el padre Nolasco—. Eso han sacado ahora. ¡Vaya! ¡Dignidad en las palabras, é indignidad en los hechos! ¡Con que tuteo á mi seráfico padre San Francisco, é iría yo á darle mercé ó señoría á un barbilampiño como tú! Anda, cura-tabardillos, y no me lo des á mí, que no me he de poner al uso del día; que está ya el alcacer duro para pitos, ¿estás?

Pero con quien sostenía el P. Nolasco una hostilidad perenne era con el hijo de la pobre viuda, gracioso, vivo, bonito y simpático muchacho de doce años, que quería ser marinero contra la voluntad de su madre. Esta, que había perdido á su marido en un naufragio, se estremecía con la idea de que se embarcase su hijo; y había acudido al P. Nolasco, á fin de que le prestase su auxilio para disuadir al niño de su intento. Pero éste había sido ineficaz; mientras más le había encomiado el Padre las prerrogativas de la tierra firme y las ventajas de la vida sosegada,

más se había entusiasmado el aventurero muchacho por los azares del mar y por los largos viajes sobre las inseguras olas. El padre Nolasco, en venganza, le había puesto por nombre *Montevideo*. Ya sabemos que para ciertas gentes se encierran los largos viajes de mar en el de América, y que para ellos el *Finisterre* es Montevideo.

—No irás á la mar, no—le decía el buen Padre.

—¿Y por qué no, señor?—respondía con una sonrisa tan alegre como dulce Tomasillo; sonrisa que era peculiar á él y á su hermana, en la que se unían la alegría y la dulzura, como se unen en el sol el brillo y el calor.

—Porque la mar es enemiga del hombre, bien lo sabes; y que en ella murió tu padre. Así es que no sé, testarudo, cómo tienes valor de embarcarte.

—¿Y el padre de usted, P. Nolasco, dónde murió?—preguntó Tomasillo.

—¡Toma! En la cama muy descansado—respondió el Padre.

—¿Pues cómo tiene usted valor de acostarse en una cama, P. Nolasco?

—No me vengas con entraditas de pollo inglés, Tomasillo. Bien sabes que de diez que van á la mar se ahogan nueve en la flor de su vida, y mueren sin confesión; lo que á ti,

que eres más malo que ninguno, te vendrá peor que á ninguno también. Si dejas ésta por otra, el mal ha de ser para ti, pues en lo demás poco se pierde; para ti digo, y para tu pobre madre, que te ha de sentir; como que te parió. Y que es preciso que tú la mantengas.

—Pues ¿qué quiere usted, P. Nolasco, que vuelva yo á andar como anduve á principio de verano por las recortas del manchón del tío Mateo, con un cencerro en la mano ahuyentando pájaros, con la cantinela:

Al agua patos,
Que se comen el trigo los gurupatos?

—¡Vaya! ¿Pues qué peligro hay en eso?

—A mí me gusta el peligro, P. Nolasco.

—¡Calla, pez volante! que quien ama el peligro, en él perece. Hablé con mi compadre, tío Gil Piñones, y me dijo que te tomaría de porquero.

—Que no voy. ¡Qué! ¿Había yo de guardar puercos? Que los guarde su amo.

—¿Con que no quieres trabajar, so malandrón? ¿No quieres ser hombre de bien y ayudar á la pobre de tu madre? ¿Di, libertino?

—Sí, señor; sí, señor. Pero no quiero ser *espachurra-terrones*, ni pasar mi vida en mi casa como *caracol burgado*. Si me muero...

¡tanto me da! Pero no quiero que me llamen tomatero, eso no.

—Y mejor será que te llamen Montevideo, ó bien

Que te llamen pocas penas,
Pariete de mala gana,
Y por apellido tengas
¡A mí no se me da nada!

Ya veremos si vas al cortijo del compadre tío Gil Piñones. Yo, en propia persona, te voy á llevar; y si te repercutas, te llevo cogido de una oreja. ¡Vaya! ¡Después de los pasos que he tenido que dar y del empeño que he puesto!... ¿Cuándo te podías tú figurar, peje-sapo, que habías de llegar á ser porquero del compadre Gil Piñones? Con que ya te puedes alistar para mañana con la fresca coger la vereda.

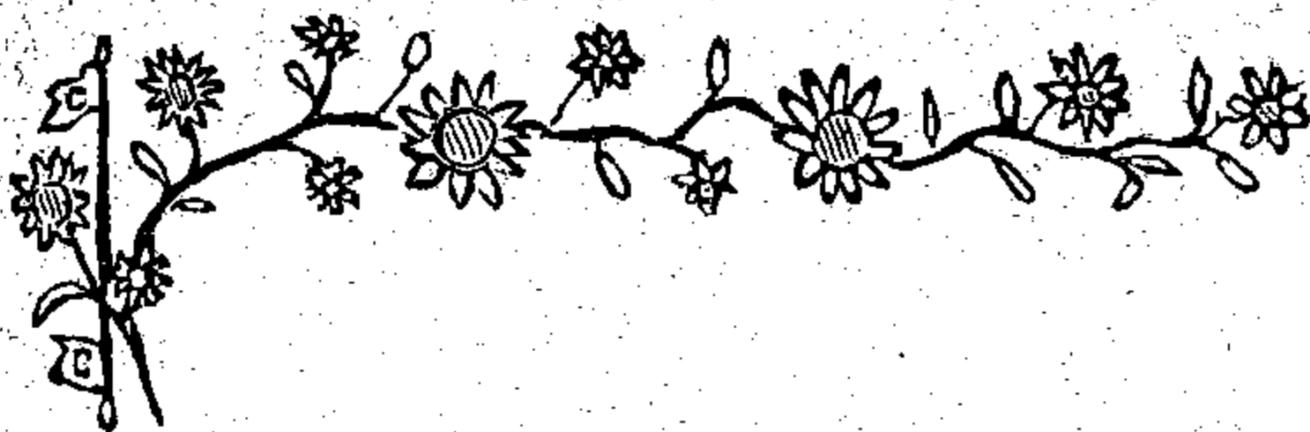
A la mañana siguiente el chiquillo se escapó, se metió en una barca, y no hubo quien de allí le sacase. Como era tan bonito, tan alegre, tan dispuesto y tan simpático, le hizo gracia al patrón, que le conservó en su barca, y á la sazón había ascendido á la dignidad de *cuarterón*, nombre que dan á los muchachos ya enseñados y que alcanzan estipendio, por ganar la cuarta parte de lo que gana un hombre.

— Montevideo — le dijo el P. Nolasco cuando le volvió á ver —: eres como las piñas

de la Rápita, que estuvieron siete años dándoles golpes, y el primer piñón les saltó un ojo.

—Padre Nolasco—respondió Tomasillo—: «Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia, mar y Casa Real.»





CAPÍTULO IV

DESPUÉS que hubieron cenado, se reunieron todos los vecinos de la casa en la puerta de la calle, menos la pobre viuda, á quien sus males y sus quehaceres retenían en el sobrado.

En un banco, á la derecha, se sentaron el P. Nolasco; el Sr. Canuto, á quien no tocaba la guardia en los puestos aquella noche, y el tío Mateo. Entre sus rodillas estaba su nietecito, que tenía extendidos sus brazos sobre los muslos de su abuelo.

—Tío Mateo—le decía Pepa—: hasta el suelo se le cae á usted la baba con ese chiquillo.

—Verdad es—contestaba el tío Mateo, que era zumbón—. No lo puedo negar: tira la sangre; y que, hijo de mi hija, ser mi nieto; hijo de mi hijo, no saberlo.

En el banco de la izquierda se sentaron: Esteban, que era el mayor de los dos hermanos que hemos visto volver con su padre del campo, y contaba veinte años; su hermano

Lorenzo, que contaba diez y ocho, y al lado de ellos María Dolores, la linda hija de la pobre viuda, á quien todos querían con extremo, lo mismo que á su hermano. Así era, que cuando el tío Mateo decía: «¡Qué hechizo tiene ese Tomasillo! Es más alegre que un fandango: se acuesta y levanta cantando como los pájaros», respondía la tía Melchora, su mujer: «Verdad es; pero... ¿y María Dolores? ¡Qué ángel tiene! Esa se acuesta y se levanta como los serafines, alabando á Dios!»

Contaba Dolores catorce años; edad en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha unión, que necesitan á veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlas.

La tía Melchora estaba sentada en el escalón de la puerta de la calle, y junto á ella su nietecita, que había dejado caer su cabeza en la falda de su abuela, y sin soltar de su mano un racimo de uvas, se había quedado dormida como una pequeña Bacante.

Pepa la carabinera y Catalina, la madre de los niños, que estaban estrechamente unidas por lo que á éstos quería Pepa, habían traído sillas bajas y estaban sentadas de frente. Catalina tenía dormido en sus brazos al hijo más pequeño, al que criaba.

—Paréceme que quiere llover—dijo el carabinero—, que apunta el Levante, y por este

tiempo siempre que viene el Levante echa agua. ¿Qué le parece á usted, tío Mateo?

—Que no dice usted malamente — respondió éste—. Hoy es jueves, día de señal como el domingo; y en acostándose en estos días de señal el rubio entre cortinas, mudanza de tiempo.

—¿Te vienes, Lorenzo?—dijo Esteban á su hermano, al que quería con ternura—. Los mozos tienen una guitarra y una fiesta armada.

—No voy — contestó lacónicamente Lorenzo.

—Pues no vengas — repuso Esteban—; así como así por todo armas camorras. Con que más vale que no vengas; siempre estás que parece que te deben y no te pagan. ¿Te duele algo?

—La cabeza, de oírte.

—¡Pues, hijo, con Dios! Al que le duela la muela, que rabie, ó se la eche fuera.

Esteban se alejó.

—¿Por qué no vas?—le preguntó Dolores.

—Porque me gusta más quedarme aquí.

—¿Por qué?

—¡Qué se yo!

—Pues si yo pudiese ir donde hubiese guitarra, no me quedaba yo aquí, no.

—Si tú hubieses estado cavando todo el día...

—¡Quita allá, flojón! ¿No lo han estado los otros lo mismo que tú?

—¡Los otros! Los otros no van por la guitarra, que van por la novia.

—¿Y tú no tienes novia, Lorenzo?

—Yo no — respondió en tono brusco el muchacho—. Mira, Dolores — añadió después de un rato—: desde ahora te digo que cuando me llegue á enamorar, ha de ser de ti. Y en mi vida de Dios he de tener más novia que tú.

Dolores empezó á reirse en sonoras carcajadas.

—¿Te ríes?—preguntó muy picado Lorenzo.

—¡Pues no me he de reir! ¡Tú mi novio! ¡Ay qué reidero!

—Pues no siempre ha de ser para ti un reidero. Porque en siendo tu novio te he de poner las peras á cuarto, y no has de estar siempre riéndote como Juanilla la tonta.

—Es que no seré tu novia — dijo con decisión Dolores.

—¿Que no? ¡Ya veremos!... Aunque no quieras, lo has de ser.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

—¡Que no, ea!—exclamó medio llorando la niña.

Oyóse entonces una alegre y clara voz que venía cantando:

¡Bendito sea Dios, madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

—Ese es mi Tomás — dijo Dolores con júbilo, corriendo al encuentro del que cantaba.

—Buenas noches, señores—dijo Tomás—, que traía un canasto con pescado.

—Dios te las dé muy buenas, hijo.

—Tía Melchora, aquí tiene usted un rape que sé que le ha de gustar para hacer sopa. Señá Pepa, tome usted estos salmone-tes. Padre Nolasco, tome usted estas pescadillas para cenar — dijo el niño, repartiendo casi todo el pescado que traía.

—¡Qué! ¿Ya estás de vuelta, Montevideo? ¡Vaya, qué pronto has venido! Andas más que una mala noticia. ¿Qué dices?—dijo el P. Nolasco.

—Que tome usted estas pescadillas para cenar, Padre — gritó Tomasillo.

—No, no; no quiero sino mi sopa; que en mis años vale más caldo de carne, que carne de pescado.

—Dios te lo pague, Tomasillo — dijo la tía Melchora,

—Gracias— añadió Pepa.

—No hay de qué darlas; quien esto da, diera cosa mejor si la tuviese — respondió el cuarterón.

—¿Has estado lejos, Tomasillo?—preguntó el tío Mateo.

—¡Jesús! Hasta Gibraltar, que es tierra de ingleses.

—¡Pues qué! ¿has estado en *Inglaterra*?—preguntó Catalina.

—No, que el Peñón es de España, y es de los ingleses; y eso es como si dijese usted que mi mano era suya. ¿No es verdad, Padre Nonasco?

—Chiquillo — dijo la tía Melchora—: no se dice Nonasco, que se dice Nolasco; te lo he dicho más de treinta veces.

—Nonasco; así le dicen en Cádiz, que es gente pulida. ¿No es verdad, Sr. Canuto?

El grave y callado carabinero, obligado á contestar á esa pregunta directa, respondió en voz hueca:

—No se dice Nonasco.

—¿Lo ves?

—Ni tampoco Nolasco.

—¿Lo ve usted?

—¿Pues cómo se dice?

—Se dice Nonato.

—¡Qué, señor! Ese es San Ramón — observó la tía Melchora.

—Es que los dos llevan un mismo apellido — repuso con aplomo el Sr. Canuto.

—Cuando señor Canuto lo dice, verdad será; pues sabe su mercé más que *Seeneca* —dijo Catalina.

—¡Oiga! ¿Y quién es *Seeneca*?—preguntó el cuarterón.

—¡Qué sé yo!—contestó la yegüeriza—. Será un abogado.

—Padre Nonasco—gritó el marinerillo—, dígame usted: ¿quién es *Seeneca*?

—¿Rebeca?—respondió el Padre, que no oyó bien—. Es una pastora de las de Belén.

—No pregunto eso — contestó el cuarterón—; sino ¿quién es *Seeneca*?

—No lo sé—contestó el buen señor—; ese santo no está ni en el añalejo, ni en el martirologio.

—Señor Canuto — prosiguió preguntando Tomasillo—: sáqueme usted de curiosidad, y dígame quién es *Seeneca*, que esto pica en misterio.

—*Seeneca*—respondió con todo aplomo el carabinero—es un sabio de los moros, que ayuda y guía á su rey, como por acá el Papa al nuestro.

—¡Vaya! No sabía yo eso—dijo su mujer—. Aunque siempre he oído decir que los moros saben mucho.

—¡Como que encierran á las mujeres! Mire usted si serán avisados — observó el tío Mateo—. ¿No es *asina*, P. Nolasco?

—¡Por supuesto!—contestó éste—. La mujer honrada, la puerta cerrada. Pero hoy día son más callejeras que el humo, que siempre está buscando por dónde salir.

—Toda la vida de Dios ha sido *asina*, Padre Nolasco—dijo el tío Mateo—. Oye, cuarterón— prosiguió—: ¿has visto por esas mares anchas á la Sirenita del mar?

—Yo no; lo que querrá usted decir son tiburones ó *goifines*, tío Mateo.

—No, no — intervino la tía Melchora—. La Sirenita es una muchacha muy sin vergüenza, que andaba por esas playas enamorando á los marineros con su buen parecer y sus cantos, hasta que su padre la maldijo, deseando que se volviese pez; y así sucedió, volviéndose pescado de medio cuerpo abajo. Metióse avergonzada en la mar, y se fué lejos por sus centros, en los que canta siempre como en las playas hacía, para atraer á los hombres á su perdición. Y así es que dice la copla:

La Sirenita del mar
Es una pulida dama.
Por maldecirla su padre,
La tiene Dios en el agua (1).

(1) ¡Y cate usted la Sirena mitológica hecha cristiana por el pueblo!

—¿No sabías, Tomasillo, que cuando saltan los delfines y cantan las Sirenas es señal de tempestad y presagio de naufragio?

—Yo no, señora; no he oído más que los ronquíos de la corbina. Esa Sirena será pez de otras mares, digo yo. Ea, voy á ver á madre, y á decirle que me embarco de *gurumete* en una fragata tamaña como el castillo.

—¡Muchacho! ¿Y adónde vas?...—exclamaron todos.

—A lo más remontao de la América.

—¡Jesús!—volvieron á exclamar todos.

—¿Qué dicen?—preguntó el P. Nolasco.

El tío Mateo se lo dijo en recia voz.

—¡No lo dije!—exclamó el P. Nolasco.—

¡A las Indias, á Montevideo! ¡Si no había de parar hasta lograrlo ese atronado, más aturdido que unas carnestolendas! ¡Mire usted que dejar de ser porquero del compadre Gil Piñones para ir á ser pasto de peces!... ¿Se podrá creer?...

—¡Dejar nuestra madre la tierra por esa *madrastra* la mar!—dijo la tía Melchora.

—Señora, el dinero no se gana tendido. Y yo quiero ganar dinero mucho y aprisa, para que mi pobre madre tenga la vejez descansada—respondió el cuarterón.

—Tomasillo, el que quiere ser rico en un año, al medio le ahorcan—observó el tío Mateo.

—¡Ay, Dios mío!—dijo echándose á llorar Dolores.—¡Hermano de mi alma, no te vayas tan lejos por esos mares, sepulturas de cristianos!

—Calla, calla, *Dolorsiya*, que voy á volver como D. Marcelino, con mucho oro.

—Sí, del que depone el moro—murmuró Lorenzo.

—A madre le voy á traer una caja de azúcar para sus jarabes, á ti un loro y al P. Nolasco un negrito para que le ayude la misa.

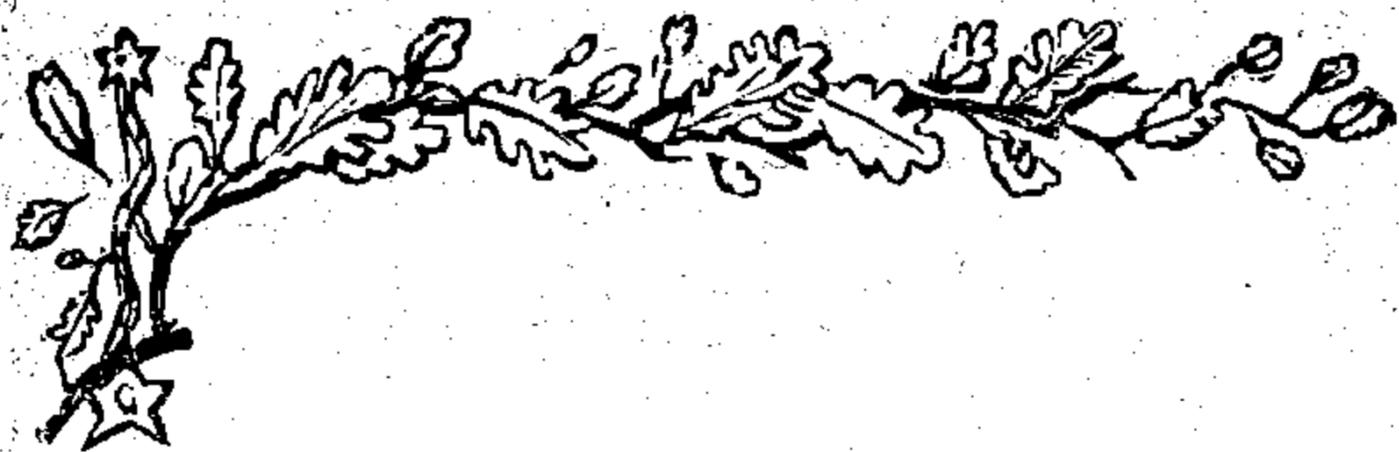
—Déjate de negritos—repuso el P. Nolasco—, y acuérdate que quien ama el peligro en él perece. Pero á unos no basta el arre ni á otros el só.

—Padre Nolasco, la gloria y el dinero son para quien los gana.

—¡Sí! ¿Y si para lograrlos pierdes la vida ó la salud? ¿Y si no vuelves?

—Volveré; sí, señor, ¡volveré!... con salud y con pesetas, que es salud completa—repuso alegremente el quarterón, entrándose á ver á su madre.





CAPITULO V

NADA pudieron sobre el emprendedor y decidido muchacho las reflexiones de sus amigos ni las súplicas y lágrimas de su madre y hermana.

—Quien no se arriesga—respondía—, no pasa la mar. ¿No sabe usted que dice la copla:

Si no te ha dado tu suerte
un mayorazgo en España,
embárcate en un jabeque
y pásate á la otra banda?

Tomás partió. No hay pinceles que pinten ni palabras que expliquen la aflicción de su pobre madre, cuya vida, entre el dolor de lo pasado y la angustia de lo presente, se extinguía como la de la encina que estuviese á un tiempo herida de un rayo y roída de un gusano.

Así pasó un año.

Un día entró en casa de la pobre viuda un piloto, antiguo conocido de su marido. Este hombre traía una carta; esa carta era dictada

por Tomás, y fechada del famoso Montevideo.

Escribía más alegre que nunca; decía que había hecho un viaje de damas; que estaba tan contento como el pez en el agua; que había crecido media vara, y que volvería con el mismo barco y el mismo capitán, que le quería mucho. Desde aquel día la viuda no faltó uno en ir á la playa y recorrer con la vista la desierta y brillante extensión azul, en la que había de dibujarse, como un aro de perlas que engasta un brillante, la fragata que le traía á su hijo. Habían querido disuadirla, porque esos inútiles viajes dañaban á su debilitada salud; pero fué en vano. Cuando la realidad niega toda felicidad, el corazón se ase á una ilusión... y no la suelta, pues sólo por ella vive. Pero pasaban los días, las olas y las nubes... ¡y Tomás no volvía!

Era una noche del equinoccio. Partía el brillante y luminoso verano, dejando la tierra seca y agostada, y llegaba el frío y severo invierno á reanimarla, sacudiéndola con sus huracanes, y á fertilizarla con sus claras aguas. Anunciábase con un temporal estrepitoso, que todo lo conmovía... ¡hasta los ánimos!

¡Oh! ¡cuán dichosa es aquella familia que en semejantes noches se reúne completa alrededor de la lumbre, y que, después de dar

gracias á Dios por tamaño beneficio, cruza sus manos y ruega por los que sufren ó peligran, pagando así su tributo á los lejanos y desconocidos sufrimientos de nuestros semejantes!

No era este el caso en que se encontraba la infeliz viuda. El hijo que idolatraba se hallaba embarcado, y cada ráfaga de vendaval arrancaba á sus ojos sus últimas lágrimas, como á los árboles sus últimas hojas, ¡y levantaba olas de angustias en su corazón, como olas amargas en el seno del mar! En este estado de congoja había pasado la noche; por la mañana no se hallaba capaz de levantarse.

Su hija, después de traerle la taza de sopas que le hacía guardar el P. Nolasco de su pobre puchero, se fué á escoger trigo en casa de una rica panadera.

El P. Nolasco hacía aquella obra de caridad sin graduarla de tal. Y como en otra ocasión hemos dicho que ver sufrir injusticias sin graduarlas de tales entenece profundamente, decimos lo mismo en cuanto á las obras de caridad que se hacen sin conceptuarlas así. Sufrir lo injusto sin necesitar resignación y hacer buenas obras sin sensibilizarse, son, mirándolo reflexivamente, la perfección en ambos géneros; esto es, conformarse sin que ayude la fuerza de la virtud,

hacer bien sin el arrastre de un corazón impresionable, andar derecho sin báculo, caminar al fin sin brújula. Es hacer uno su deber, como canta el pájaro y como embalsama la flor.

Apenas se halló sola la pobre viuda cuando, no dejándole sosiego su angustia, se levantó y se fué á la playa.

¿Quién no ha visto con terrorífica admiración el espectáculo grandioso del océano cuando á la vez lo arrojan sobre las playas los vientos, la marea y el empuje que unas de otras reciben sus inmensas olas, que, como dice Shakespeare, se levantan rizando sus monstruosas cabezas? ¿Quién no ha creído ver vibrar su ira en la vacilante hinchazón de sus olas, y oirla en su hondo mugir de acosada fiera? ¿Quién no se ha estremecido al considerar su poderío, que en la tierra nada contrarresta? ¿Quién al mirar morir una ola en la playa, y seguirla tan luego otra mayor, no le ha comparado á aquella hidra fabulosa que ninguna pérdida disminuía, ninguna derrota debilitaba?

El horizonte parecía cerrado con un muro de lluvia; la que, empujada por el viento, formaba sesgadas líneas entre las que desaparecían Cádiz y su faro, como si borrarlo intentase del gran mapa del mundo la poderosa mano del temporal. El peso de las nu-

bes les robaba su ligero vuelo y airoas formas, y caían de prisa, como todo lo que desciende.

La pobre viuda, parada en la playa, azotada por el huracán, que pegaba sus pobres ropas á su demacrado cuerpo, miraba al mar y nada veía sino esa gran convulsión de la Naturaleza, entre la cual había desaparecido todo ser viviente como barrido por las ráfagas, á las que aquella débil mujer resistía, ¡como si su amor de madre la prestase sus últimas fuerzas! Así era que no se movía, creyendo distinguir en cada cresta espumosa con que se coronaban las olas las blancas velas de un barco que buscase el puerto.





CAPITULO VI

AQUELLA tarde entró muy de prisa el Sr. Canuto en su casa, y hallando que su mujer había salido, se sintió muy contrariado. Daba algunos pasos, se paraba y se rascaba la oreja, formando una especie de gruñido impaciente.

—¿Qué trae usted, Sr. Canuto?—le preguntó la tía Melchora.

—Traigo... traigo un entripado—contestó el carabinero.

—¿Y qué es, señor? Pues usted no es de los que se descoyuntan por poca cosa.

—¡Es... es que me he hallado en la playa una mujer muerta!

—¡Jesús María! ¿Matada?

—No, señora; muerta legítimamente, de muerte física. Pero no es eso lo peor, sino que esa mujer es su vecina de usted, la tía Tomasa.

—¡María Santísima! Señor Canuto, ¿qué está usted diciendo?

—La verdad sin círculos madroños, tía Melchora. Y no es eso lo peor, sino que tengo que dar parte.

—Eso es lo de menos—dijo echándose á llorar la tía Melchora.

—¡No es lo de menos, vaya! ¿Le parece á usted que un parte es un buñuelo que se echa á freir? ¡Y Pepa que no está ahí! ¡Me lo temí!—añadió el carabinero, viendo reunirse la familia y las vecinas y oyendo sus voces de lástima y desconsuelo—. ¡Escriba usted un parte con esta liorna! Pocas veces hablo, y no hablo una que no me pese. ¿No habrías podido callar, Canuto, parlanchín del dianche? ¿No sabes que en la boca del discreto lo público es secreto?

Por fortuna entró en este momento su mujer, á la que pidió la llave, abriendo en seguida el cuarto, en el que se encerró para escribir su parte (1).

(1) Este parte no es del caso en nuestra relación; pero no queremos privar al lector de tan curioso y auténtico documento. Decía así:

«El susodicho que firma más abajo, da parte á la autoridá del juez de esta *sudidá*, que en el punto de Torre Arenas, que se nombra, hay tendido á la larga el cadáver de una muger muerta del *too*, la que es una viuda sin marido y madre con hijos de esta vecindá; lo que hago saber á mis superiores para no pecar á sabiendas de mi ignorancia para conocimiento de la *dina* autoridá que manda estas tierras y sus *alreores*, y lo digo á V. S. para obsequio de la *umanidá*.— El encargao, CANUTO MICON.»

—¡Para la pobre—dijo la tía Melchora— es una suerte haber dejado de sufrir! Y como era una santa y una mártir, buen zarpazo habrá dado en el cielo. ¡Dichosa ella!

—Y dice usted bien, tía Melchora; como que dicen los *autiores* que el castigo que ha dado Dios á Caín es el de no morir; unos dicen que está debajo de tierra, y otros que está en los cuernos de la luna; pero morir no puede. La muerte ha sido para la pobre Tomasa un premio.

—La ida de su hijo la acabó de hundir—dijo Catalina—. A la que hay que compadecer es á la pobre de su hija.

—Señá Pepa—dijo una de las vecinas—: usted que la quiere tanto y no tiene hijos, bien podría prohijarla.

Ya ese hermoso y caritativo pensamiento había surgido en el corazón de aquella excelente mujer; pero no pudiendo determinar por ella sola, ni queriendo demostrar un buen deseo, que si no se llevaba á cabo, echaría sobre su marido toda la culpa de la negativa, contestó:

—La ayudaré en lo que pueda; pero eso de cargar con hijos ajenos es un cargo de los grandes; y por lo mismo que es voluntario... tanto más obligatorio. Dice el refrán: «Brasa trae en el seno quien cría hijo ajeno.»

—¿Y quién le dice á la pobre Dolores la muerte de su madre?—preguntó apurada Catalina.

—Se lo dirá el P. Nolasco cuando vuelva de la iglesia—contestó la tía Melchora—. Siempre para estos casos apurados se cuenta con los Padres, y nunca se echan fuera.

Pepa había entrado en el cuarto, en que halló á su marido cerrando el parte que laboriosamente había escrito; luego salió para enviarlo con un propio al juez del Puerto de Santa María, partido á que corresponde Rota.

—¿Sabe usted lo que decíamos?—le dijo la buena anciana—. Que á esa pobre niña que queda huérfana y desvalida le había Dios de enviar un amparo, y ese podría ser usted, pues Pepa la quiere mucho.

—Y Pepa ¿qué ha dicho?—preguntó el carabinero.

—Ha dicho que eso de cargar con hijos ajenos era un cargo de los grandes; pero si usted quisiera...

—¡Yo querer!!!—exclamó el carabinero abriendo unos fieros ojos—. ¡No valía más!... ¿Soy yo algún mayorazgo de los millonarios para meterme á amparar huérfanos, como la reina? Vaya, tía Melchora, tiene usted unas cosas... que son *cosazas*. Sepa usted que dice la sentencia:

Ni fíes, ni desconfíes,
Ni hijos ajenos críes;
Ni pongas viña, ni domes potros,
Ni tu mujer enseñes á otros.

Diciendo esto, se entró el carabinero con aire terrible en su cuarto.

—Con que, Canuto, ¿no respiraba ya la pobrecita cuando la hallaste?—le preguntó llorando su mujer.

—Tan muerta estaba como si hubiese estado tres días en la playa; y la marea que subía le mojaba ya los pies.

—¡Pobrecita! ¡pobrecita! ¡Si siquiera antes de morir te hubiese visto, tú que eras una cara amiga!

—¡Verdad es, mujer!

—¡Si siquiera hubieses podido dulcificarle sus últimos momentos diciéndole: «Muera usted descansada, que yo me hago cargo de su hija, y le diré á Pepa que cuide de la pobre Dolores!»

—Dices bien, mujer —repuso el carabinero, cuyo aire fiero había sido reemplazado por un aire compungido al ver llorar á su mujer.

—¡Qué dolor, hombre, que no diese tiempo á que hicieses esa buena obra, tan propia de tus buenas entrañas!

—Pero, mujer, ¿no dijiste tu á la tía Melchora que los hijos ajenos eran cargo de los grandes?

—Y no me desdigo. Pero no he dicho que yo los huyese; y más teniendo presente la máxima de Dios, que dice: «Amparaos los unos á los otros». Y más te digo, y es: que me había de alegrar que lo hubieses hecho. ¡Bien sabes que siempre he deseado tener una hija! Dios no nos la ha dado, quizás porque nos tenía destinada á esa desgraciada.

—Pues me parece que sería una obra buena, Pepa; y todavía estamos á tiempo. Sí, sí, me parece bien; te ayudará, y así podrás tú descansar.

—Por eso no lo hagas, Canuto; pero hazlo por caridad; que quien bien hace, para sí hace. Si yo fuese tú, iría á cuidar de que á la pobre ahogada la recogiesen y llevasen á la iglesia, donde se ponga con decoro y con sus blandones, pues la pobrecilla no tiene á nadie propio que cuide de eso.

El carabinero se encasquetó su morrión de hule, salió al patio y dijo á la tía Melchora con prosopopeya:

—Tía Melchora, yo me hago cargo de la niña, que Dios dice: «Amparaos los unos á los otros», y esa niña podrá ayudar á mi Pepa.

—¿Pues no dijo ella que no?—repuso atónita la buena mujer.

—Yo mando en mi casa, tía Melchora, y mi Pepa no tiene más voluntad que la mía. ¿Ahora se desayuna usted con eso?

Diciendo esto, salió el Sr. Canuto á paso de marcha real.

Entró á poco el P. Nolasco, á quien fué referido todo lo que había pasado.

El P. Nolasco tenía esa impasibilidad, tan apreciable y útil en los cirujanos para las dolencias del cuerpo, como en los sacerdotes para las dolencias del alma. Bien sea ésta originada en hombres superiores por una gran fuerza y elevación de alma, ó en los adocenados por la costumbre de su triste misión, esta impasibilidad es inapreciable, y da muy benéficos resultados.

— ¡Anda con Dios! — dijo el buen Padre cuando de todo estuvo enterado. — Hoy tú, mañana yo, todos tenemos que andar ese camino. No es lo peor que se haya muerto, sino que haya sido sin los Sacramentos, como un moro de Berbería. Pero aquella pobrecita era una justa, y no ha de ir donde van los perversos, no.

Oyeron entonces á Dolores, que volvía de en casa de la panadera de escoger trigo, y que llegaba cantando alegremente.

— Dios les dé á ustedes buenas tardes. Padre Nolasco, la mano — dijo al entrar ésta.

Y levantando la cara, como viese cerrada la puerta del sobrado, añadió:

— ¿Y madre? ¿Acaso ha salido?

La niña miró con ojos asombrados á las mujeres allí reunidas, que sólo con lágrimas contestaron á su pregunta.

— Pero... ¿qué hay? — preguntó con ahogada voz.

Nadie contestó.

Entonces pareció que toda la sangre agolpada en su corazón le impedía latir y la sofocaba.

— ¡Mi madre! ¡mi madre! ¿Dónde está mi madre? — gritó al fin.

— Tu madre está donde todos quisiéramos estar — dijo el P. Nolasco. — Ya eso no tiene remedio. Con que así... á encomendarla á Dios como buena hija y buena cristiana. Lo demás no es sino faltar á la santa conformidad, que es nuestro Cirineo.

Dolores dió un agudo grito, y se precipitó hacia la escalera. Catalina y Pepa corrieron tras ella, y la agarraron por los brazos, diciéndole:

— No está allí, hija; no está allí.

— ¡No está allí! — dijo fuera de sí la pobre huérfana. — ¡No está allí! ¿Pues dónde está?

— En la iglesia.

La niña se desprendió de las manos que la sujetaban, y se arrojó hacia la puerta de la calle.

Catalina y Pepa la siguieron.

—¡No detenerme! ¡No sujetarme!—gritaba la pobre niña, haciendo esfuerzos por desasirse de las manos que la sujetaban.—¡Quiero verla! ¡Quiero ver á la madre de mi alma!

—No vas; que te lo mando yo, que soy tu confesor — dijo, acercándose, el P. Nolasco. — ¡Pues qué! ¿Quieres alborotar el pueblo y armar escándalo en la iglesia? ¿Qué ibas á remediar con ir? Vamos, hija, sóségate; que todos hemos de morir, y la muerte no asusta sino á los malos.

Dolores cayó, prorrumpiendo en gritos y sollozos, en brazos de Pepa y de Catalina, que la acostaron en la cama de esta última.

Pronto llegaron del campo el tío Mateo y sus hijos, á quienes la tía Melchora había mandado avisar. Venían consternados; acercáronse á la cama en que yacía Dolores, que seguía gritando entre sollozos:

— ¡Quiero ir con mi madre! ¡Que me dejen ir con mi madre! ¡Quiero verla; que después que la entierren no podré más verla! ¿Quién tiene derecho para impedírmelo? ¡Mi madre está sola, sola, en la iglesia, sin más compañía que cuatro luces; sin más ruido que el del viento que sacude las ventanas; sin que vele más que la lechuza que está en el campanario! ¡Madre!.. ¡Madre!.. ¡Yo quiero ver á mi madre!

—No te aflijas, Dolores; que allá voy yo á velar á tu madre — dijo Lorenzo.

— Y yo también — añadió Esteban.

— Dios y María Santísima y todos los Santos del cielo os paguen esa santa obra de caridad — exclamó Dolores, que empezó á verter un nuevo torrente de lágrimas; pero cuya desasosegada desesperación se mitigó, cayendo en seguida inerte y con los ojos cerrados sobre la almohada.

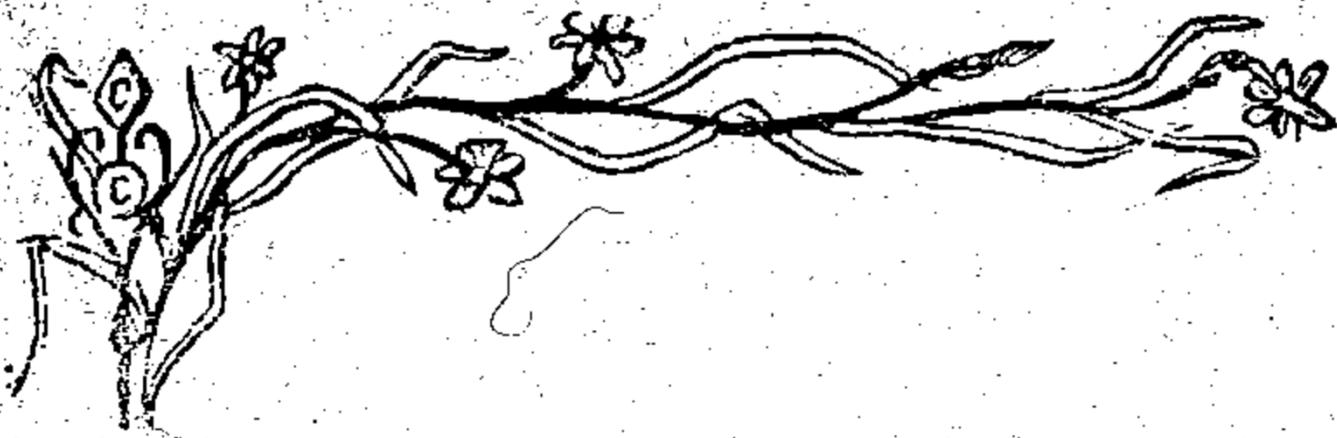
Al cabo de un cuarto de hora se alzó de repente, y apoyando ambas manos sobre su corazón, gimió con ahogada voz:

— ¡¡¡Qué va á ser de mí!!!

— Lo que de mí fuese — dijo Pepa abrazándola —, porque no nos separaremos; que si una madre has perdido, en mí hallarás quien procure hacer sus veces, hija mía.

Dolores echó sus brazos alrededor del cuello de Pepa con apasionada gratitud, sin poder expresarla más que con sus lágrimas.





CAPÍTULO VII

ERAN las doce de la noche. Un profundo silencio reinaba en el pueblo, sólo interrumpido por el chapaleteo brusco y sonoro de las aguas del mar, empujadas por la creciente marea contra las piedras y las rocas. Esparcíase la fría y pálida luz de la luna, como se esparce suave el eco de un lejano sonido, y el pueblo se habría asemejado á un reloj parado, si de cuando en cuando no hubiese lanzado el gallo con descoco sus tres notas agudas como un «¡centinela alerta!» dirigido á sus camaradas.

En el patio de la casa del tío Mateo estaba un joven reclinado contra una de las rejas que daban á él. Por el lado de adentro se veía el rostro de una linda joven, el que, cubierto exteriormente por la luz de la luna, é interiormente por una expresión de tristeza, aparecía pálido y grave, con una mirada apagada y profunda, que le hacía asemejarse á la imagen de la Meditación, que á un

tiempo simbolizase un triste pasado y un triste porvenir.

El muchacho, al contrario, tenía el rostro sereno y enérgico del hombre de acción, la mirada fija y ardiente del hombre de fuertes pasiones y la frente altanera del hombre indómito que no se deja arredrar, pero sí reta á todos los obstáculos con brutal arrogancia.

— ¿No te lo decía yo? — dijo el joven —. ¿No te lo decía que habías de ser mi novia? Lo que yo quiero ha de ser... por la fuerza de mi voluntad. Tu te reías, ó te enfadabas.

— Entonces era yo una niña — contestó ella.

— ¡¡Entonces!! Como quien dice ha un siglo, y hay tres años.

— No sé el tiempo que hay. Lo que sí sé es que desde entonces dejé de ser niña, y que entonces hiciste tú una cosa que te ganó mi corazón y te habría ganado ciento que hubiese tenido.

— Yo no quiero que me quieras por agradecimiento, Dolores; que ese amor es como deuda que se paga, y no como don que se hace.

— Si el agua que bebes satisface la sed de tu corazón, ¿qué te importa el manantial de que brota?

— Impórtame para saber su calidad.

— La calidad es buena, Lorenzo.

— Eso está por ver, que aún no se ha experimentado. No puedo remediarlo; pero no creo que me quieras.

—¿Por qué, criatura?

—Porque siempre estás triste; lo que prueba que mi amor no te satisface.

—Mira, Lorenzo, que un amor que á todos los demás borra, no es de buen metal, y que un corazón sin memoria nunca es firme en el querer.

—Es que tampoco será de buen metal el que por lo que ya pasó olvide lo presente, Dolores; y tú te gozas en tus recuerdos como hacerlo debieras en tus esperanzas, si bien me quisieras.

—¡Ojalá y pudiese borrar de mi memoria el cuadro que en ella encuentro á todas horas! Este cuadro es el de mi madre de mi alma, agonizando sola y desamparada sobre la dura y fría arena del mar, sin oír otros auxilios que los bramidos de sus olas que se acercaban cada vez más, cada una adelantando á la otra, y mojando sus pies; de manera que moriría más de angustia que de sus males! ¡Y yo, que no estaba allí! ¡Yo, que no la vi después de muerta! ¡Eso, Lorenzo, son dos clavos que me atraviesan el corazón, y que nada puede arrancar de la llaga! De mi gente sólo me queda el hermano de mi alma; ¡y Dios sabe si la mar, que no pudo hacer

presa de mi madre, se vengue en hacerla de su hijo, como la hizo ya de mi padre! ¿Cómo he de estar alegre, ni olvidar?

—Por esa cuenta, como que todos tenemos difuntos, no debería nadie quitarse el luto.

—¡Verdad es!—dijo suspirando Dolores.

—Pues entonces, ¿á qué crió Dios los colores, me querrás decir?

—Para los niños, los pájaros y las flores, Lorenzo—contestó ella, apoyando su frente en la reja.

—María Dolores—dijo Lorenzo con aspereza—: quien tanto ama á los muertos y á los ausentes poco cariño puede quedarle para los presentes.

—¡Te engañas, Lorenzo! Que el mismo sol que da vida al ciprés se la da también á la rosa. Pero, créeme, tu desconfianza ha de ser la hiel que amargue tu vida y la mía.

—La desconfianza no la teme ni la moteja sino aquel á quien le estorba.

—Yo no la temo, pero me avergüenza, como al hombre honrado que le registran, ni más ni menos que al contrabandista.

—¿Y sabes por qué es eso? Porque muchos, sin ser contrabandistas, hacen contrabando.

—¡Y había yo de hacer contrabando, Lorenzo!—preguntó ella con dulce reconven-
ción.

—Dice el P. Nolasco que las mujeres mienten sin querer, y engañan sin otro fin que engañar.

—Lo dice de las malas; pero no lo dirá de de mí.

—¡Ya! ¡Cómo lo ha de decir de ti, si eres su ojito derecho!... Quien tiene al padre alcalde, seguro va á juicio.

—Pues si el P. Nolasco, que es desamorado y no es de los blandos, me fía, razón llevará. ¿Y siempre has de ser así, Lorenzo?

—¡Siempre! A no volver á parirme mi madre.

—Mira que llevar constantemente un juicio en el cuerpo, es un mal; y que del mal que el hombre tiene, de ese muere.

—Y tú sábeta que lo que hay que esperar de la mar es la sal, y de las mujeres mucho mal; y la mujer hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

—¡Quiera Dios que siempre lleven todos con la paciencia que yo tus malos juicios, Lorenzo!

Apegada por su exaltada gratitud, sufrida por su dulce índole, esclavizada por el despotismo de Lorenzo, Dolores inauguraba así una vida como se hallan muchas entre las santas esposas y madres del pueblo.

A los pocos días se puso al público un edicto. Era éste un puñal que á todos los ha-

bitantes hería, que iba á destruir muchas felicidades, á cortar muchos lazos y á clavar-se hondamente en el corazón de las madres. ¡Este edicto anunciaba el sorteo!

No son tristes calamidades para el campesino el trabajo por que ansía; ni las privaciones, que le afectan poco; ni los muchos hijos, que ama; el drama de la vida del campesino es la quinta, la bien denominada *contribución de sangre*. ¡La mano del Ministro que firma el decreto que la ordena temblaría si supiese los torrentes de amargas lágrimas que va á costar, los corazones que va á partir y las existencias que va á destrozar!

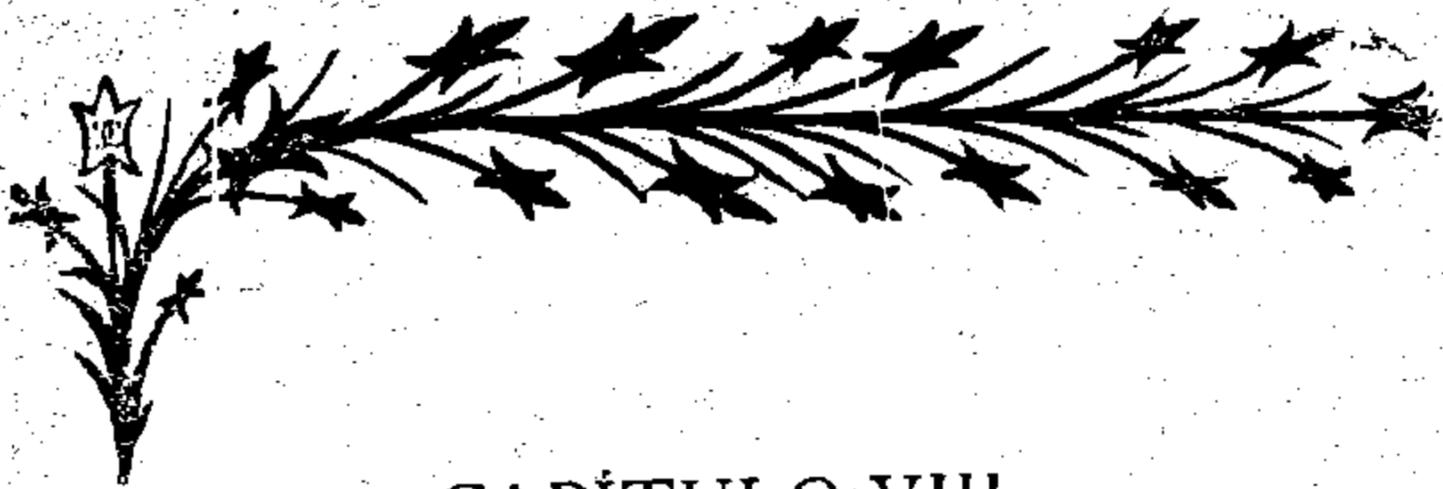
¡Cuándo querrá Dios que veamos á la civilización echarse en los brazos del cristianismo su padre y, unidos, lograr que no se armen los hombres sino voluntariamente, y con el solo fin de rodear el trono para su decoro y la justicia para su fuerza!

La tía Melchora estaba en un estado que participaba de la más desconsolada desesperación y del más profundo abatimiento, pues sus dos hijos entraban en suerte, porque tenía otro hijo mayor casado en Chipiona.

Esteban había salido libre en otro sorteo, y por lo mismo pensaba que no concede dos dichas la inconstante suerte. En cuanto á

Lorenzo, decía él mismo que tenía presentimientos de que por su propia mano le vendría el mal. Y no se equivocaron en sus previsiones ni la madre ni el hijo, porque ambos hermanos cayeron soldados.





CAPÍTULO VIII

LA panadera donde solía ir Dolores á escoger trigo era una joven viuda que se había prendado de Lorenzo. Buscaba constantemente pretextos para ir en casa de la tía Melchora, y los hallaba igualmente para atraer á Lorenzo á la suya, ya para llevarle el trigo al molino, ya para hacerle acarrear el que compraba, de algún granero á su casa. El natural desvío, que era peculiar á Lorenzo, y que con ella, á pesar de ser joven, rica y buena moza, rayaba en hastío é impertinencia, no bastó á hacerla desistir de su intento; al contrario, la aferró más en él.

El día que había caído soldado fué Lorenzo á llevarle unos melones de su cojumbreal que le había encargado.

Subiólos éste al sobrado, y volvía á irse sin hablar una palabra, como solía hacer, cuando le llamó la viuda.

—¿Con que...—le dijo—has caído soldado?

—No podía fallar—contestó Lorenzo—; que tengo la fortuna mocosa.

—Vamos á ver—prosiguió la viuda—: ¿y si hubiese quien te diese á mano para que te librases?

El corazón saltó en el pecho al joven, como si le hubiese tocado la pila de Volta.

—¿Y sabría usted quizás de quién me prestase ese dinero?—preguntó con ansia.

—Sí, sí — contestó la viuda—; y quizás de quien te lo diese; teniendo presente que real que guarda á ciento, es buen real.

Al oír estas palabras, Lorenzo, que había tiempo conocía las intenciones de la viuda, comprendió la indirecta, y su alegría momentánea se apagó como una luz, y su semblante se cubrió de su habitual ceño.

—¡Vaya! ¿Qué dices, Lorenzo? ¿Y es tan mala la proposición, que te encapotas como cielo de Diciembre? ¿Qué dices?

—Señora, aconseja la copla:

En tu vida de nadie
Dádivas tomes,
Y con eso te excusas
De obligaciones.

—Vamos, ven acá, hombre! No estés tan retenido y metido en ti, ni seas como el tío May Miguel, que tenía vergüenza hasta de ser hombre de bien. Todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte. Si no fueras tan díscolo... ¡podría una entenderse! Ya sabes que mi Juan, cuando murió, me dejó la

casa, el horno y la panadería; yo necesito, como el comer, un hombre que esté al frente de ella; el trabajo, para el que al frente se ponga, es poco, y la ganancia mucha. Podrías tú...

—Señora, yo no entiendo de panadería.

—También sabes que me dejó una piara de vacas de las grandes, y que surte á la carnicería; hay en ella rastras, añojos, utreros y aralos (1).

—Señora, yo no he manejado ganadería.

—También me ha dejado buenos cuartos; hallarás *morusa*.

—¿Y yo qué tengo con eso?

—Que podrías manejarlo.

—No, señora; yo no entiendo de grajas pedadas—dijo alejándose Lorenzo—; no quiero cargos; mientras menos cargos, menos descargos.

—Vamos, hombre, lo que estás diciendo no son más que cháncharras y máncharrañ. ¿No te digo claro que á tú querer, todo sería tuyo?

—Yo no quiero bienes con tranquilla—dijo, saliéndose, Lorenzo.

—¿Habrás visto calza-polainas más encrestado?—murmuró la panadera al verlo salir.

(1) Crías de meses, de uno, dos y tres años.

La viuda, que tenía la convicción de que Lorenzo admitiría sus ofertas, se había dejado decir que bien podía tocarle la suerte á Lorenzo, pero que las insignias de soldado no habían de caer en su cuerpo; que no había de pisar lodo ni comer en rancho.

Como todo se repite con añadiduras y variantes en los pueblos como en las ciudades, llegó este dicho de la viuda á casa de los López, ganando en cada nueva edición, si no corrección, aumento. Al tío Mateo le dejó incrédulo, enajenó á la tía Melchora y consternó á Dolores.

—Lorenzo — le gritó su pobre madre al verle llegar—: ¿es verdad que la viuda te va á poner un sustituto?

—¿Qué está usted diciendo, madre?

—Que dicen te da el dinero para ello.

—¡Dar! ¡dar! Señora, lo que se da son los buenos días.

—Pues no serán dados; serán *emprestados*.

—No se *empresta* sino paciencia, ni se convida mas que á misa, señora.

—Es que tú no lo habrás querido tomar, Lorenzo.

—Yo... ¡Madre! ¡Pues si estoy como las ánimas benditas, deseando siempre que me den!...

—Y bien que ha hecho de no tomar prestado—dijo su padre—porque más que sea un

buen trabajador que todos le quieren y siempre anda pujado, sabe Dios cuándo habría podido pagar, y cochino fiado, gruñe todo el año.

—Lorenzo, hijo: es que dicen que se quería casar contigo. ¡Y tú rehusas esa suerte!... —dijo su madre.

—¿Quién ha sacado eso? ¿No sabe usted, señora, que es de calidad el no, que la hembra se lo dice al varón? Porque quieren desacreditar á esa mujer.

—No la desacreditan, hombre; nada malo se ha dicho.

—No, no, la echan abajo; pero la van desechando. ¡La envidia, señora, la envidia! Pues, como es rica y buena moza, las otras rabian y muerden.

Mientras todos sentados á la puerta se quejaban y lloraban por la ida de los hermanos, Lorenzo, que había notado la penosa é inquieta impresión que había causado en Dolores cuanto sobre la rica panadera se habló, se había sentado en el banco en que solía sentarse, y apoyada la cabeza en la pared, clavada la vista en las estrellas del cielo, á las que parecía dirigirse, cantaba en queda pero clara voz, y con la admirable flexibilidad y el exactísimo oído que hacen necesarias las delicadas y á veces extrañas modulaciones y cambios de tonos que tienen las melodías populares.

La canción que cantaba, por de contado era dirigida á Dolores, la que no perdía una sílaba del texto, ni una modulación de la tonada que llegaba á un tiempo tan dulce y melodiosa á su oído y á su corazón.

Era esta la canción:

—Pastor, que estás en el campo
De amores tan retirado,
Yo te vengo á proponer
Si quisieres ser casado.

—Yo no quiero ser casado,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado
A ponerte esos sajones,
Si te casaras conmigo,
Te pusieras pantalones.

—No quiero tus pantalones,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

--Tú, que estás acostumbrado
A ponerte chamarreta,
Si te casaras conmigo,
Te pondrías tu chaqueta.

--Yo no quiero tu chaqueta,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

--Tú, que estás acostumbrado
A comer pan de centeno,
Si te casaras conmigo,
Lo comieras blanco y bueno.

--Yo no quiero tu pan blanco,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

--Tú, que estás acostumbrado
A dormir entre granzones,
Si te casaras conmigo
Durmieras en mis colchones.
—Yo no quiero tus colchones,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

—Si te casaras conmigo
Mi padre te diera un coche,
Para que vengas á verme
Los sábados por la noche.
--Yo no quiero ir en coche,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

—Te he de poner una fuente
Con cuatro caños dorados,
Para que vayas á ella
A dar agua á tu ganado.
—Yo no quiero tu gran fuente,
Responde el villano vil;
Ni mujer tan amorosa
No quiero yo para mí.

Por la noche, mientras los demás quintos, más alegres ó con cariños menos profundos que Lorenzo, se reunían y bebían para ahogar y disimular su abatimiento, y recorrían las calles cantando:

Muchachas, si queréis novios
Pintadlos en la pared;
Que los mocitos de España
Son de la Reina ISABEL.

Lorenzo, con amarga y trémula voz, decía á Dolores:

—¡Ya sabía yo que me tocaría la suerte! Ahora quedas tú campando por tu respeto.

—¡Válgame Dios! — repuso Dolores, que estaba llorando. — Te empeñas en amargarme más la ausencia, Lorenzo.

—¿Me olvidarás, Dolores?

—No, aunque me olvides tú.

—¡Sabes que eso no cabe!

—En ti, más bien que en mí.

—¿Por qué razón?

—Porque tú no tienes, como tengo yo, un recuerdo que te alza en mi corazón un altar.

—Y cata ahí por qué confiar no puedo en tu amor, que es más amor de hija que de novia.

—¡Anda, no caviles; que amor que nace del recuerdo de una madre no será de peor calidad, sino más santo y más firme que los que nacen al son de la guitarra!

—Pues júrame guardarme tu fe.

—Te lo juro.

—¿Por qué?

—Por mi salud.

—No basta.

—Por mi vida.

—No basta.

—Por mi salvación.

—No me satisface.

—¡Por el alma de mi madre! Pero... ¿por qué desconfías tanto?

—Porque me da el corazón que me has de olvidar.

—Tu corazón es tu verdugo, Lorenzo.

—Porque es leal. Otra cosa me has de jurar.

—¿Qué cosa?

—Que no te irás de aquí, ni del lado de mi madre, aunque se vaya Pepa á otra parte.

—Bien está; te lo juro.

—Ahora una cosa te advierto. Si por otro me dejas, en volviendo yo, no ha de comer aquél más pan, pues á mis manos muere.

—No amenes, Lorenzo; que no está eso bien.

—No es amenazarte, es prevenirte.

—No he de hacer por miedo lo que no haga por cariño, Lorenzo. Y ya que desconfiado eres, más habías de desconfiar de un amor que amenazas que de un amor que halagues. Disfruta de él como la abeja de su miel; no lo destroces, como el lobo su presa, y déjame al partir un recuerdo que consuele y no amargue la ausencia.





CAPITULO IX

PASÓ un año, y en la casa del tío Mateo López cada día se hacía más larga la ausencia de los hijos, porque el padre anciano no podía labrar sólo sino parte de su tierra.

Los alegres y serenos ojos de la tía Melchora se habían empañado con las lágrimas y entristecido con la expresión de un incessante recuerdo. La casa había venido á menos y perdido aquel aire de tranquila felicidad que la hiciera tan apaciblemente alegre.

Pero aún le esperaba otro nuevo trastorno, y todo trastorno en esas suaves y monótonas existencias suele ser siempre un nubarrón en un cielo despejado. Señor Canuto era destinado á Sevilla, y debía partir. Si era esto para todos una pesadumbre, para Dolores era una pena destrozadora, porque no quería separarse de Pepa, aquella excelente mujer que tanto cariño le había demostrado, y no podía, por la terminante palabra que había dado á Lorenzo, ausentarse de allí.

Tampoco le era posible quedarse con la familia López, por lo atrasada que se encontraba con la falta de los hermanos. Pepa se la quería llevar, y la tía Melchora conservarla á su lado, pues la quería con ternura, por ese sentimiento que lleva á las madres á amar á los que aman á sus hijos, hallando en el corazón de Dolores un eco fiel de sus cuidados y de su aflicción. Pero, como hemos dicho, la pobre Dolores se veía obligada á rehusar ambas ofertas.

Puede que hallen algunos que esta verdadera pugna de generosidad por amparar á una huérfana entre dos familias pobres es pintar como querer. A esto sólo contestaremos que los que no lo crean vayan por los pueblos de campo en que no hay casas de expósitos y no se conoce el infanticidio, y averigüen qué se hace de las muchas criaturas que llegan á ser huérfanas, en un país en que, por lo regular, es corta la vida de los hombres, como combatida por muchas vicisitudes desconocidas en el Norte.

Dolores acudió en sus apuros al P. Nolasco, el que, si bien no conocía á Séneca, ni le contaba en el número de los Santos de su devoción, conocía mucho el corazón, las pasiones y las circunstancias de las gentes de campo. Así es que con sana razón y expedientes poco remontados sabía allanar las

dificultades mejor que otros con más ciencia y más alcances hubiesen podido hacerlo. El P. Nolasco, sin devanarse los sesos (cosa que no acostumbraba á hacer), propuso á Dolores el medio de sacarla de sus apuros:

—Mira—le dijo—: Doña Braulia me ha encargado moza; quiere una buena muchacha, recogida, aseada, hacendosa; en fin, de mi satisfacción. Métete á servir allí, que son gentes de las buenas, ya lo sabes; no sales de aquí, no gravas á nadie y ganas veinte reales al mes, que al año son doscientos cuarenta, con lo que tendrás para comprar tu ajuar cuando venga cumplido Lorenzo. Si el torbellino de tu hermano se hubiese metido á porquero en casa del compadre Gil Piñones cuando yo le proporcioné la conveniencia, no andaría dando tumbos por esos mares. ¡Qué picudillo era! No bien se le quería enterar de alguna cosa, cuando decía: «¡Ya está acá!» y estaba impuesto. Y con eso, tenía la sangre de un cordero, más alegre que el día y más blando que un vellón; pero terco era como mula gallega.

Dolores accedió á la proposición del Padre, aunque sintió profundamente separarse de Pepa, y ésta, si bien tuvo un gran pesar, nada pudo oponer á tan buena resolución y á las causas que la motivaban.

Doña Braulia Toro era una buena mujer, muy vulgar, muy gorda y muy jovial; pero esta última buena cualidad la había perdido desde que había heredado el caudal de don Marcelino Toro, su hermano. En su lugar le había entrado una desgraciada pasión por lo *fino*, la que la llevaba á amargarse la vida, embutiendo sus recias formas, criadas á la buena de Dios, en un corsé que mandó venir de Cádiz, y sus maneras francas y á la pata llana en una remilgada afectación, cuyas ridículas pretensiones quitaban á su trato, como el corsé á su cuerpo, toda la bonachona naturalidad propia de su persona.

En cambio Rosa, que era su hija única, y contaba trece años, era una verdadera hija de la naturaleza andaluza: despejada, viva, alegre, maliciosa y sincera.

Nunca pudiera hallarse un exterior más en armonía con el carácter y la edad de la persona. Su cara era redonda y sonrosada; su fresca boca siempre estaba en ejercicio, luciendo su deslumbradora dentadura hablando, cantando ó riendo; sus hermosos ojos lanzaban, ya burlonas, ya alegres, ya despóticas miradas, maliciosas sin ser malignas, é inocentes sin ser cándidas; su garbosa cabeza, en continuo movimiento y siempre adornada con flores; sus movimientos bruscos, su poco asiento, unido á su buen

corazón y rectos instintos, formaban un conjunto tan gracioso y tan seductor, que forzaba á todos á quererla por un irresistible impulso, como es preciso sentir la grata impresión de una fresca y loca brisa.

Rosa creía la alegría el estado natural, y la franqueza la sola expresión posible en la criatura; no había aún comprendido las lágrimas, ni menos la tristeza.

Le aburrían las gentes serias, empezando por su madre, desde que se había metido á fina y compasada; de las tristes huía cielos y tierra. Nunca había pensado dos minutos seguidos sobre una misma cosa; la reflexión era mucho peso para una cabeza que no conocía otro que el de las flores. Criada sin traba alguna por su madre, tenía las ventajas y desventajas de esta crianza. Tan imposible hubiese sido inculcar una idea grave en su indómita mente, como un sentimiento malo en su corazón inmaculado. Rosa corría la senda de la vida como las de su jardín; de ambas quería flores por tributo, puesto que criarlas era su misión.

Tenía Rosa dos grandes deseos: el uno, ya antiguo, era tener una muñeca que abriese y cerrase los ojos; el otro, moderno, era tener un novio que le diera el inexplicable placer de cogerle las vueltas á su madre y de acudir á la reja *como las mozas*. Si ambos deseos se

hubiesen realizado, hubiese sido la muñeca que abría y cerraba los ojos una temible rival para el novio, y habría alguna vez logrado lo que no la autoridad materna: el hacerle faltar á una cita.

Cuando su madre había querido darle maestros, ya era tarde. No fué posible que aprendiese la *a*, ni que hiciese un palote.

—¡Pues qué! ¿quiere usted—decía á su madre—que salga yo ahora como los chiquillos de la escuela: «b, a, ba; b, e, be, la cartilla no la sé; no me pegue usted, maestro, que mañana la sabré», para que todas las otras mozas se rían de mí?

—¡A ver la niña! ¡Moza tempranera! El saber es de gente fina y es un caudal—decía su madre.

—¡Qué, señora!...—objetaba la niña—. Dice la copla:

Con saber y no tener,
no prevalece ninguno;
que lo que le sobra al sabio
son muchos días de ayuno.

Doña Braulia había hecho intervenir en este asunto al P. Nolasco, pero con pésimo éxito.

—Todas las edades son buenas para aprender—le decía el P. Nolasco—. Tu tío á los cincuenta años aprendió á pintar, y salió un portento.

—Pues, usted, ¿por qué no aprendió á pintar?

—La pintura no la pueden aprender sino los ricos; pero todos pueden aprender la leyenda, y todo lo sabe el que sabe leyenda.

—¿Sí?—repuso Rosa—. ¿Pues á que usted con su leyenda no sabe una cosa, y eso que es de su oficio?

—¿Qué cosa?

—¿En qué se parece un ético á una ermita?

—¡Tales sandeces! ¿En qué se han de parecer? En nada la cosa de este mundo.

—Pues se parecen.

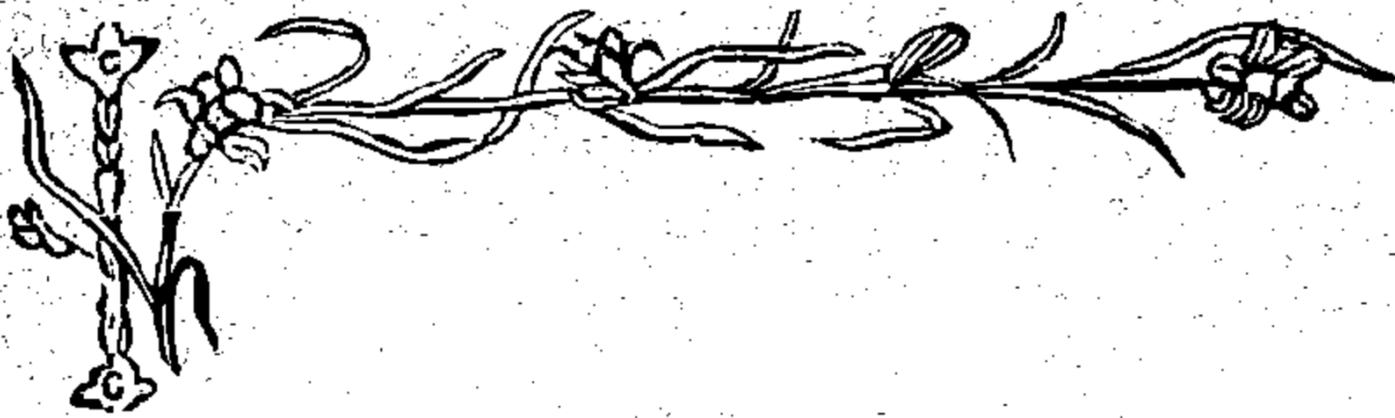
—¡Ea, calla!

—Que se parecen, digo. Y usted debería saberlo más bien que yo, que no soy clériga ni médica.

—¿Qué estás ensartando, chiquilla?

—Que con tener pluma y leyenda, no sabe usted que una ermita y un ético se parecen en no tener cura. ¿Lo sabe usted ahora, P. Nolasco?

—Ya levantó el vuelo ese chorlito—dijo el Padre, al ver á Rosa entrarse corriendo y saltando en el jardín.



CAPÍTULO X

DEBEMOS dar al lector una reseña de quién era este D. Marcelino Toro, que entre bastidores ha hecho varias veces papel en este relato.

Don Marcelino, hijo de un mercader de tan mínimas proporciones que no cabían el padre y el hijo detrás del mostrador, fué enviado por Marcelino, padre, á América, donde halló otro mostrador de mayor tamaño, detrás del cual, con los años, la paciencia y la hombría de bien, salió de repente un día millonario, según sus paisanos, pero en realidad con veinticinco mil duros. Volvióse con ellos triunfante á su pueblo, con ítem más unas sardinetas en las bocamangas, de no sabemos qué comisaría; en fin, de lo más ínfimo en la abundante clase de bordados, galones ó sardinetas concedidas á las personas que menos analogía tienen con el significado que presentan.

Como hay grandes desgracias, hay grandes felicidades que pasan en este mundo desaper-

cibidas. No es fácil que nadie se llegue á hacer una idea de la íntima dicha con la que D. Marcelino volvió á su pueblo, del que saliera como Job y al que volvía como Crespo.

Lo primero que hizo fué comprar una casa adecuada á un personaje como él. Entre los encontrados impulsos que le movieron en esta empresa, esto es, su deseo del bienestar y de lucir, y el apego á los mejicanos, dulce fruto del trabajo de toda su vida; entre su deseo de lucir, que le empujaba, y el de gastar poco, que le retenía; entre su mal gusto y su afán por lo elegante, se confeccionó la casa del modo siguiente: No queriendo labrar de planta, compró la mejor casa que halló de venta; pero á poco, pareciéndole chica, compró la de junto y se la agregó. Después de esto echó de menos un jardín, y D. Marcelino quería á toda costa jardín, pero un jardín aristocrático, en armonía con las sardinetas de su dueño, con bojes, estatuas, perspectivas, estanque con peces colorados y, sobre todo, con laberinto: ¡el laberinto era el ideal de D. Marcelino! Con este fin compró otra tercera casa con un gran corral que lindaba con el suyo, echó la tapia abajo y formó su jardín, en el que aglomeró todas las cosas que llevamos expresadas, menos las perspectivas, por no ser dable; pero las hizo pintar en la pared por un chafalmejas que mandó venir

de Cádiz, y con el que entabló las más simpáticas relaciones, como veremos después. Este jardín, gracias á los jazmines, á las madreselvas, á las parras, á los rosales, mirtos y otras mil ninfas de la corte de Flora, se hizo en breve un paraíso, á pesar de lo ridículo de su planta y construcción. El laberinto, en que sólo se perdían los topos, fué un ramillete encantador de mirtos; las enredaderas cubrieron las paredes con sus templetes celestes, color de rosa y amarillo con pretensiones atenienses. Las parras hicieron de la alberquita de los peces colorados un sitio delicioso de sombra y frescura, y los arbutos de flor y los rosales cubrieron decentemente á las estatuas de madera de una Diana raquítica y de una Venus enana, de manera de no dejarles asomar más que sus narices no griegas.

Al alhajar su casa, lo primero de que se ocupó D. Marcelino fué de mandar á su querido chafalmejas que sacase su retrato con el fin de perpetuar la memoria de sus sardinetas. El chafalmejas trasladó, en efecto, á un gran lienzo la triste figura de D. Marcelino, entristecida aún por unas siniestras sombras que le guindaban á ambos lados de su boca como bigotes, se dibujaban en su sien como dos parches para el dolor de cabeza, y en su nariz como un cardenal. Pero, en cambio, ha-

bía echado el resto el pintor en la parte esencial del retrato, esto es, la mano izquierda, que, traída sobre el pecho, metía en el chaleco tres dedos como tres garrotes, luciendo en la manga las susodichas sardinetas. En la otra mano tenía D. Marcelino una carta abierta como un cartelón de toros en que se leía:

JUAN ALMAZARRON FECIT

Esta obra de arte fué colocada en el testero de la sala, y cubierta con un deshilado para preservarla de las irreverentes embestidas de las moscas. D. Marcelino se entusiasmó de tal manera con esta obra maestra por el arte de Apeles, que se decidió á cultivarlo él mismo, y á dedicarle sus ocios.

Como el *bourgeois-gentilhomme* de Molière, que á los cuarenta años se halló de repente poeta, D. Marcelino á los cincuenta se halló de repente artista. El chafalmejas le animó, y despertó entre sus sentimientos—buenos y pacíficos veteranos—la noble emulación y el ardiente amor por las glorias de Murillo.

Dejamos á la consideración del lector la monstruosidad de los mamarrachos que confeccionaron entre el discípulo y el maestro. No obstante, hallaron muchos admiradores, y entre ellos era el más sincero el P. Nolasco, amigo de D. Marcelino; lo que le valió el re-

galo que le hizo del imperecedero vestido de cúbica.

Los primeros ensayos tomados del natural que hizo el aprendiz novel fueron bodegones. El chafalmejas, encargado de la composición y de la pintoresca agrupación de los objetos que debían agruparse, fué á la cocina y trajo una sartén, un candil y cuatro estropajos, y de la despensa, entre otras legumbres, en obsequio á Rota, una de sus afamadas calabazas, que destinó á ocupar el puesto de honor en el cuadro. Fué, pues, colocada sobre los estropajos, que le formaron una barba corrida de gastador, poniéndole de vanguardia unos nabos, y de centinela unos espárragos. El candil se colgó en el fondo del cuadro, y encendido con bermellón, esparcía sus rojos reflejos sobre los nabos, que trocó en remolachas, y sobre los estropajos; de lo que resultó que la calabaza apareció como el rostro del famoso pirata Barba-Roja.

Después del buen éxito de este bodegón, que pasó á adornar el comedor, envalentonado el discípulo, pasó á hacer santos. El tamaño de los cuadros fué creciendo con el entusiasmo del pintor, hasta llegar á un San Cristóbal gigante, que alborotó al pueblo y hubo empeños para ir á verlo. El P. Nolasco, que estaba más ancho que el mismo autor, llevó al santo una gran cantidad de admira-

dores: «¡Aquí, aquí!—les decia, llevándoselos al extremo opuesto del taller—. ¡Aquí, aquí! Que la pintura, el rey y el sol, de lejos se ven mejor». Y luego, enseñándoles los pinceles y los colores, añadía: «Esto, Miguel, vale más plata que tu cosecha. Y con tantos colores y tantos pinceles, ¿no quieren ustedes que pinte bien? Lo que tendría que ver es que con ellos pintase mal. Con buenos avíos, no hay cocinera mala».

Al ver el triunfo de su San Cristóbal, la pasión artística de D. Marcelino se desbocó, su ardor no tuvo límites, y preparó un lienzo de cinco varas de ancho y cuatro de alto, para dedicarse al género histórico. Titubeó entre la toma de Rota por Alfonso X, *el Sabio*, por los años de mil doscientos y tantos, ó la toma de Rota por el Conde de Essex, que desembarcó en ella el año de mil setecientos y tantos, á favor de la traición del gobernador del castillo, que era italiano, y se llamaba Escipión Brancacho. Mas se decidió por la primera, no por ser más patriota, sino por el deseo de pintar turbantes.

Pero aquí se presentaron serias dificultades, no artísticas—éstas no existían para Almazarrón y su discípulo—; eran materiales. D. Marcelino, que era chico, no podía alcanzar ni á la tercera parte de la altura del lienzo. Entre varios expedientes que se bus-

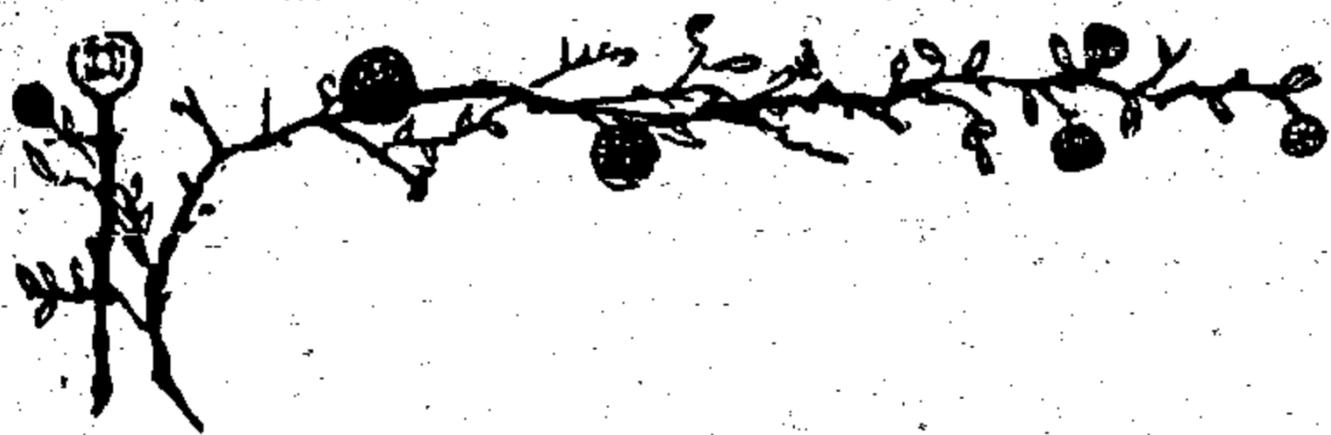
caron para poner las manos del artista al nivel del objeto que pintaba, el que se adoptó fué el que propuso el P. Nolasco, que era traer un púlpito de cátedra, que aún existía en su convento, al que un carretero aplicó unas ruedas para poderlo mover, y al que se le puso—puesto que el cuadro monstruo se pintaba en el patio al aire libre—un paraguas por vativoz. Metido, pues, en su púlpito, como un predicador, pintó D. Marcelino con su acólito la segunda parte; pero quedaba la tercera, á la que no alcanzaba ni puesto de puntillas en el púlpito.

En vano se devanaban los sesos el maestro, el discípulo y el P. Nolasco; no hallaban expediente. El desaliento iba reemplazando al entusiasmo, como en la playa la baja mar á la alta mar. Pero, como no era posible que quedase el castillo sin almenas, los caballos sin orejas, los héroes sin cabeza, los moros sin turbante, las astas sin pendones, y el cielo sin la media arroba de azul de Prusia preparado para su confección, era indispensable proveer al medio de poner á D. Marcelino en proporción de poder repartir almenas, orejas, turbantes y pendones. El Padre Nolasco propuso unos zancos, el maestro una escalera; ambas cosas fueron desechadas por incómodas y peligrosas por D. Marcelino, que, como el más interesado, halló al

fin el medio á propósito, cómodo y seguro para ponerse á la conveniente altura.

Compró una cincha de albarda, á la que afianzó una gruesa sogá; colocó una fuerte argolla de hierro en el techo, por la que pasó la sogá; afianzóse la cincha al cuerpo, é hizo que, tirando el maestro y el P. Nolasco de la sogá, le izaran á la altura conveniente. Todo fué á medida del deseo, y mi D. Marcelino, con su paleta y sus pinceles en la mano, fué subiendo por los aires como un serafín, con gran satisfacción de los maquinistas del aparato; pero apenas estuvo á cierta altura, cuando la sogá, que era nueva y muy torcida, con el peso que tenía, empezó á destorcerse con creciente rapidez. Fué tal el asombro del P. Nolasco y del maestro al ver á D. Marcelino, con los brazos abiertos y gritando á todo gritar, dar por los aires aquellas desatinadas vueltas, que soltaron la cuerda y echaron á correr; con lo cual el pobre D. Marcelino cayó al suelo, en el que quedó aplastado como una rana.

Recordando y comparando entonces su accidente con el que al pobre Murillo costó la vida, sintió enfriarse su entusiasmo artístico, y colgó las armas de Apeles.



CAPÍTULO XI

DON Marcelino se encontraba en su posesión tan satisfecho, que á haber podido tener noticias de que un francés no había hallado más hombre feliz que un paria en una choza india (1), no se habría reído, porque no era hombre risueño, pero se habría indignado contra las pamplinas y paradojas de los embadurnadores de papel. Paseábase por su jardín y por su casa en una especie de tranquilo éxtasis, en el que sólo sentía que el día no tuviese más que veinticuatro horas, ni el año más que trescientos sesenta y cinco días.

Diez años disfrutó D. Marcelino su bienaventuranza, ocupándose en invertir sus amados mejicanos según el consejo que con su buen sentido común le había dado el P. Nolasco, diciéndole: «Finque usted, finque usted, D. Marcelino; *que el caudal de tu enemigo en dinero lo veas.*» Pero al cabo de es-

(1) *La Cabaña Indiana*, de Bernardino de Saint-Pierre.

tos diez años, y cuando menos se pensaba, tomó la parca por tijeras una pulmonía, y en ocho días pasó D. Marcelino, aunque con pocas ganas, á mejor vida.

Don Marcelino tuvo una buena muerte. No perdonó á sus enemigos, por la razón de no tener ninguno; distribuyó muchas limosnas en su testamento, encomendó piadosamente su buena alma á Dios, y, como postrer debilidad humana, mandó que le enterrasen con su uniforme puesto.

Su hermana, D.^a Braulia Toro, viuda de un arriero, heredó el caudal de su hermano y se trasladó á la casa heredada, que sabemos era como la Trinidad, tres en una. Por de contado permanecía en el puesto de honor el famoso retrato, en el que, desde la muerte de su original, se habían aún obscurecido las sombras. No lo miraba una vez el P. Nolasco sin que le tributase un elogio, y en seguida rezase devotamente por su amigo un Padre nuestro. Rosa lo había notado, y cuando iba allá el Padre, no cesaba la alegre y traviesa muchacha de llamar su atención sobre el retrato, segura de que no marraba una vez sin que exclamase el buen Padre: «¡Bello señor!», y le rezase en seguida su Padre nuestro.

La madre, que había notado esta travesura, había reñido á su hija, y prohibídole la rein-

cidencia. Pero Rosa, con su acostumbrada indocilidad, no hacía caso de la prohibición, y el buen Padre seguía, cada vez que Rosa nombraba al difunto, con el infalible *¡Bello señor!* y con su inseparable Padre nuestro.

¡Qué de expresiones hay (sea dicho entre paréntesis), que por triviales y comunes no nos llaman la atención, y que son las más profundas sentencias! Una de ellas es: «¡Cuántos hay que se van al cielo en calzones blancos!» Esto hará alzarse de hombros á los que consideran al talento como la mayor superioridad del hombre—lo que es el más craso de todos los errores—y á los que están en el no menos craso de que la superioridad de este mundo es la misma que la del otro. Dumas, al que no se tachará de místico, lo ha dicho: «Es cierto que lo grande á la manera de los hombres no es lo grande á la manera de Dios» (1).

Danos vergüenza traer citas de un autor profano cuando esta gran verdad se halla tan repetida en la Sagrada Escritura. Pero lo hemos hecho porque creen los más que los textos de la Escritura sólo pertenecen á las altas regiones del alma, y que son impropios á descender y mezclarse en el círculo rastro de la vida común. Miranlos como el

(1) En su *George*.

incienso, que es perfume sólo adecuado á los templos; sin tener presente que es éste un holocausto que de la tierra sube al cielo, y que la palabra de Dios, al contrario, del cielo baja á la tierra para guiar al hombre.

Al día siguiente de la conversación que había tenido con Dolores, fuese el P. Nolasco en casa de la viuda, y después de saludarla, le dijo:

—Braulia: te tengo una moza completa.

—Vaya, me alegro—contestó ésta—. ¿Tiene juicio? ¿Es buena cristiana? ¿Sabe lavar? ¿Es aseada? y, sobre todo, ¿no es muy gansa?

—Mujer, te digo que es una prenda.

—Padre Nolasco—dijo Rosa—: ¿no le parece á usted que al retrato de mi tío le han dado un golpe, y que está ladeado?

El P. Nolasco levantó la cabeza, le miró y contestó:

—¡Qué! No; tan derecho está como estaba tu tío, en paz descanse. ¡Qué buena pintura! ¡Particular! Aquel Juan Almazarrón sabía su oficio. El otro día dijo el cura que hay uno en Madrid que retrata á la Reina, que le dicen D. Federico Madrazo, que es un asombro. Pero ¡qué! A éste no llega. ¡Qué ha de llegar! Mas esas son suertes de las criaturas. Si Juan Almazarrón hubiese ido á Madrid otro gallo le habría cantado. ¡Si allí vieran este retrato! ¡Bello señor! Padre nuestro...

Lo demás lo prosiguió en voz baja.

—Lo que estás haciendo—dijo D.^a Braulia á su hija, bien cierta de que el Padre no la oía—es muy ganso, y no lo hace ninguna señorita bien *ducada*. Si lo vuelves á hacer, te he de tirar un pellizco que te chupes los dedos de gusto; me has de ser fina, ó he de poder poco, ¡canario!

—Madre, déjese usted de lo fino, que se quiebra, y deme un racimo de uvas, que las tiene usted más guardadas que oro en paño.

—La gente fina no come á *deshonra*—objetó la económica señora.

—Padre Nolasco—exclamó la niña—: mi madre no me quiere dar uvas porque dice que es muy ganso y deshonra. ¿No es verdad que mi tío Marcelino, que era fino, las comía hasta hartarse?

—Verdad es—repuso el P. Nolasco, sonriendo á sus recuerdos—: las moscateles se traían de la viña á cargas.

—Y como las uvas engordan, se pondría como chivo de dos madres—observó suspirando Rosita.

—Hogaño (digo, este año) se han ajeñado las moscateles—dijo D.^a Braulia.

—¡Mentira!—murmuró Rosa.

—¿Qué dices?—le preguntó el P. Nolasco.

—Que si no le parece á usted—gritó la chiquilla—que mi tío tiene unos parches

para el dolor de jaqueca en las sienes como las gitanas, y un moscón en las narices.

— ¡Qué! No — respondió el P. Nolasco, mirando al cuadro. — Está idéntico; esa mano está propia. ¡A bastantes socorría esa mano... que le están echando de menos! A mí me regaló este vestido y me dijo: «Padre Nolasco, que lo deseche usted con salud.» — En vida de usted, respondí yo. ¡Pero mi deseo no se cumplió! ¡Ni el suyo tampoco se cumplirá, porque más ha de vivir el vestido que yo! ¡Bello señor! — añadió suspirando—. Dios le tenga en gloria. Padre nuestro...

— ¡Ay! ¡ay! — gritó Rosita echando á correr, por haber sentido en sus brazos el fino contacto de los finos dedos de su fina madre.

Al día siguiente entró Dolores en la casa, triste y tímida; pero con el buen deseo de agradar y de cumplir con su obligación.

A poco Rosa la quería con extremo, y D.^a Braulia estaba muy satisfecha de ella, porque, además de callada, trabajadora y aseada, tenía para la económica y fina señora dos grandes excelencias: comía poco y no era gansa.

Un día dijo á su hija:

— Dolores muy buena es; pero es un poco zorrolla (1), tiene unas fuerzas como un

(1) Pava.

mosquito arrecido y anda como gorgojo por alquitrán.

— ¡Vaya con las finuras de usted, madre! — exclamó Rosa soltando una carcajada —. Por más que hable usted *supuesto*, la última palabra al centro va.

— Lo que quería decir es *espaciosa* — repuso avergonzada D.^a Braulia.

— ¡Y qué! ¿Quiere usted, madre—respondió con viveza Rosa—, que todo se lo halle hecho, sin hacerlo, y sea como la beata de Sevilla, que ponía huevos con una bebida?

— No se dice madre; se dice mamá ó maíta, ¡gansa!

— ¡Señora, por el amor de Dios! Deje usted eso de papá, mamá, tata, nana, para los niños y para las gentes que tienen malo el pronunciado y la lengua gorda; que yo tengo clara el habla y la lengua bien colgada.

— ¡Oiga!.. So desvergonzada, ¿de dónde le vino al garbanzo el pico?

— ¡Y qué! ¿Quiere usted hacer de mí una mona? De eso no ha de haber *naa*, madre. Trabajadora seré como mula gallega; pero soy mosto de mucha *caliá* para alambicado — respondió Rosa.

— No quiero que trabajes; para eso tengo moza — repuso su madre—. Quiero que *cuezas*, lo que haces muy mal, pues entre puntada y puntada, te cabe una vieja sentada.

Allí pasó Dolores un año tranquilo, y aun hubiérase podido decir contento, si su corazón no hubiese contenido el recuerdo de su madre, como unas tristes cenizas, y los de Lorenzo y Tomás como dos llamas vivas agitadas por la inquietud.

Un día le dijo de repente Rosa:

— Dolores: ¿tienes novio?

El amor en los pueblos de campo, como precursor que es siempre del matrimonio, es cosa tan natural, autorizada y legal, que nunca los que por él están unidos lo niegan. Así fué que contestó Dolores sencillamente:

— Sí, tengo.

— ¡Dichosa tú!.. — repuso Rosa —. Pero ¿dónde está, que no le he visto?

— Está fuera.

— ¿Fuera? ¡Ay! Entonces, ¿cómo sabes que es tu novio?

— Como sabe él que yo soy su novia; porque nos queremos.

— Un novio que está fuera... es como un jilguero que no canta. ¿De qué sirve eso? Yo no lo quiero. Si yo tuviese novio, había de ser para que me trajese música y nos casásemos prontito.

— ¿Y por qué tienes ese afán por casarte?

— ¡Pues no es nada! Para salir de debajo de la férula de mi madre, que es más cansada que un moscón de siesta. Pero has de

saber que si viene tu novio... ¿Cómo se llama?

— Lorenzo.

— ¿Lorenzo López? ¡Ay Jesús! ¡Pues si dicen que ese tiene tres por banda y la capitana (1)! ¡Estás fresca! ¡POBRE DOLORES! Pues si viene Lorenzo, digo, y entra á verte, se muere mi madre de berrenchín como un gorrión, pues creo que se ha figurado que cuantos novios hay en el mundo son asesinos. Estoy para mí que mi padre fué su marido sin ser su novio.

— No entrará—dijo sonriendo dulcemente Dolores.

— Es que ni hablar por la reja podrás si lo llega á saber; te digo que cree mi madre que los novios traen la peste.

— No saldré á la reja, señorita — dijo Dolores.

— No me digas señorita cuando mi madre no esté delante: te lo he dicho más de once mil veces. Mi madre, esa chanflona que con el justillo ó cotilla que ha echado, y con la manteleta de *fleque*, parece un revoltillo mal liado, la echa de Doñata, y le pega el Doña como á mí el traje de cola de la infanta: succédele lo mismo en todo. Las cosas de dulce que antes hacía se podían presentar al Rey:

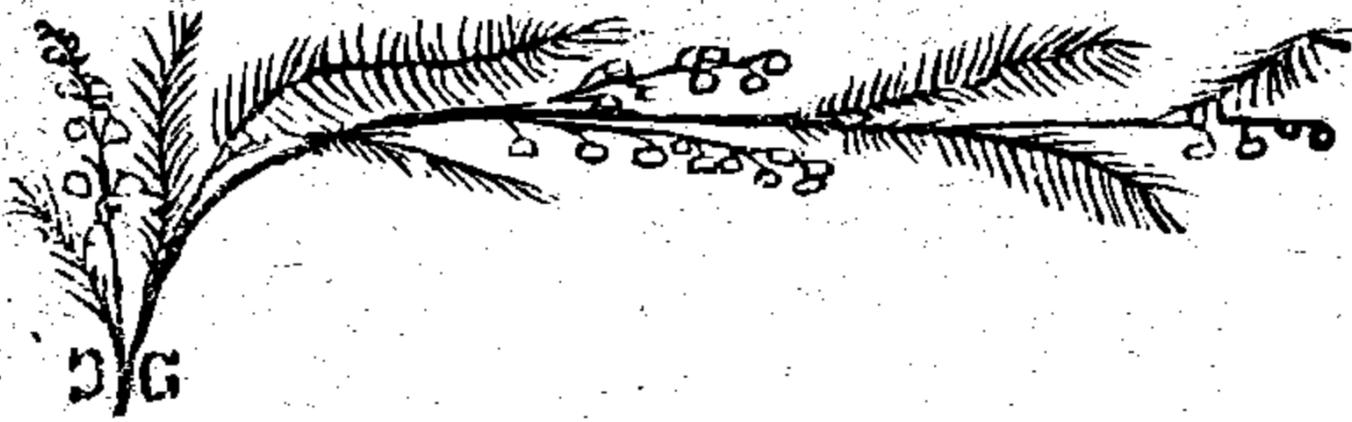
(1) Genio fuerte, mal carácter.

natillas, arroz con leche, pestiños, rosas, alfajores, leche frita y tortas nadie las hacía como su mercé. Ahora no quiere hacer más que *buínes*, y todos los quema, ó los deja crudos, y no se pueden comer. Pero ya que tienes novio, Dolores, deberías estar contenta y alegre; no que siempre estás con la cara como la Señora de las Angustias, y en tu vida de Dios ni hablas, ni ríes, ni cantas.

— Tiempo hubo — respondió Dolores — en que reía y cantaba. Pero si perdí á mi padre ahogado, á mi madre sola y abandonada en una playa; si tengo al hermano de mi corazón embarcado y tan lejos de mí, que la ausencia es ya de años, y puede que sea eterna; si á Lorenzo tocó la suerte de soldado y también partió, ¿cómo quieres, Rosa, que pueda hablar, cantar y reír?

— ¡Verdad es! — dijo Rosa, á cuyos ojos asomó una brillante lágrima —. ¡POBRE DOLORES! Pero consuélate, mujer: los muertos con Dios están, y los vivos volverán.

— ¡Amén! — contestó suspirando Dolores.



CAPITULO XII

UNA tarde estaba Dolores ocupada en el jardín, que había transformado en huerto la económica señora Doña Braulia, la que tenía la ventaja de poseer innato el espíritu del hoy tan encomiado *positivismo*. Unas rechonchas, robustas y apretadas coles reemplazaban á los mirtos; unas rastreras cebollas infeccionaban el lugar que antes embalsamaban las violetas, y unos nabos panzones habían usurpado el suyo á las airosas dalias.

Como es de pensar, la hija se había desesperado y había vertido sus primeras lágrimas sobre las arrancadas flores.

—¡Vaya — decía en tono dolorido á la gansa de su madre—, que está usted con las flores como Sexto Quinto, que no perdonaba ni á Cristo! No va á quedar en el jardín más rosa que yo. ¡Ojalá y se le vuelvan á usted éticas las coles, se le sequen las lechugas y se pudran los nabos!

La tarde estaba mustia, y un viento que ya gemía anunciaba el invierno. Dolores

miraba á las nubes, que pasaban presurosas como cuerpos de un ejército que se prepara al combate; á sus oídos llegaba claro el estrépito de las olas del mar, que inquietas se amotinaban, mientras que se impregnaba la atmósfera de la obscura sombra que esparcía una negra faja que cubría el horizonte al lado del Sur.

—¿Dónde... dónde — pensaba — alcanzará á mi pobre Tomás el temporal que se acerca? ¿Será en el mar, en la tierra ó en la tumba? ¡Acaso no veré más á ese hermano de mi alma!

En este instante se oyó llamar á la puerta de la calle, y Dolores acudió á abrir. En el dintel estaba un alto y airoso muchacho, en un aseado vestido de marinero. Llevaba garbosamente, sobre su rubia y rizada cabellera, el gorro catalán; por sus morenas y sonrosadas mejillas se deslizaban dos lágrimas, que contrastaban con la alegría de corazón que hacía sonreír su bella boca.

—¿No me conoces? — dijo, viendo á Dolores, que, callada, aguardaba que le dijese el objeto de su venida.

Al oír aquella voz, un grito salido de lo más profundo del alma, con la palabra «¡Hermano mío!», fué lanzado por Dolores, que se echó en los brazos del marinero. Pero este goce íntimo fué interrumpido; las fibras de

Dolores, mucho ha acostumbradas al sufrimiento y debilitadas por un incesante trabajo, no pudieron soportar tan repentina alegría, y cayó sin sentido.

Habían acudido al oír el grito D.^a Braulia y Rosa.

--¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Quién eres, muchacho?--dijo la primera.

--Soy su hermano, señora — contestó Tomás.

—Si eso fuera, no la habrías asustado.

—Pero, señora...

—¡Lárgate, lárgate; que no traes tu fe de bautismo en la mano, y sabe Dios tus intenciones!

—Madre — dijo con decisión Rosa —: éste es Tomás, el hermano de Dolores; no hay más que mirarlo para conocerlo; se parecen como se parece una rosa de su color á una rosa blanca.

—Calla tú la boca, caridelantera — le dijo su madre—, y trae vinagre para que lo huelas Dolores. Y tú — añadió dirigiéndose al marinero —, coge el pendingue, que estás demás. ¡Pues qué! ¿No hay más que entrarse por las puertas ajenas como Pedro por su casa?

Habriase dicho que un profético instinto hacía á la viuda repudiar con tanta aspereza al lindo joven, pues, si bien su dinero y su

plata no corrían riesgo en su presencia, lo corría un tesoro de mucho más valor.

¿Quién no ha visto con placer y simpatía en el cielo esos celajes blancos, esas nubecillas rosadas que en él giran, sin pretender averiguar qué emanaciones los formaron, qué auras los elevaron y dieron su dirección?

Así es que, sin buscarles causas, ocasiones ni motivos, presentaremos desde luego semejantes á aquéllos los suaves, ligeros y rosados amores del joven marinero y de la niña Rosa.

Dolores se había opuesto á estos amores, que habrían desatinado á Doña Braulia; pero no había sido atendida ni por Rosita ni por su hermano. Por desgracia, los buenos consejos dados á un naciente amor, si lo contrarían, son como gotas de aceite echadas sobre una llama: la avivan.

—Rosa — decía Dolores —: mira que esos amores no llevan camino, ni han de tener buen fin. Tu madre no ha de querer por yerno sino á un señor rico y principal.

—Pues como no se ponga más manteleta que la de un yerno principal, ya estará fresca—respondía Rosa—. No me hacen á mí gracia los principales. Ahora poco vino aquí una jarapada de señoritos de Cádiz. ¡Virgen de Regla! ¡Vaya una patulea de señoritos! Llevaban unos sombreros sin forma ni ma-

nera, con más alas que un tejado; los brazos colgando, la ropa holgada como sayal de boyero, é iban más destartalados y más descoyuntados que San Serapio. Uno me quiso requiebrar, y yo le dije: «¡Póngase usted en una horma, señor, que va usted muy *desbaratao!*» Nada, Dolores; los principales son para las principalas de gorra y mantellina; cada oveja con su pareja, hermana.

Así, pues, en este amor infantil todo era hojas suaves y flores efímeras, menos la voluntad, que era el tallo.

No sólo habían sido ambos atraídos el uno hacia el otro como dos arroyuelos, bajando la misma pendiente para unirse en el valle y seguir su alegre curso entre las adelfas y el césped, sino también por haber sentido Tomás el ansia de echar un áncora á su corazón sin lastre, y Rosa por el vivo placer de demostrar á su madre con hechos, como lo hiciera ya de palabra, que diferenciaban de un todo en punto á la idea que ambas tenían formada sobre novios. Así era que con la habilidad más diestra y el placer más extremado sabía cogerle las vueltas al Argos más fiero, pero más descuidado del mundo, y acudir á la reja para hablar á Tomás. En honor de la verdad, debemos decir que en aquellas conferencias ilegales, muy poco graves y menos sentimentales, no se trataba ma-

yormente de amor, y que la risa era la que ocupaba en ellas el puesto de presidente. Solían ser de este género:

—¿Qué traes?—preguntaba el *novio* á la *novia* al hallarla sin poder hablar palabra, no por emoción, ni menos por turbación, sino por la risa que la ahogaba.

—¡Qué he de traer!—contestaba Rosa—. Que ahora mismo decía mi madre al P. No-lasco: «Mi niña... (¡mira tú *mi niña*, con catorce años menos dos meses y veinte días!) Mi niña—decía su mercé—no sabe siquiera la palabra amor. Mi niña... á los veinticinco años ha de llegar sin haber mirado á un hombre á la cara; eso queda de mi cuenta.» Pues queda de la mía, señora madre—pensé yo para mis adentros—el no llegar á los diez y seis sin haberle dado á su mercé un nieto. Para entonces ya serás piloto, y te podrás casar, ¿no es verdad, Tomás?

—¡Por supuesto! Pero hay que atender, Rosa, á que son ustedes, tu madre y tú, muy empingorotadas para mí, y que tu madre no ha de querer.

—¡Qué empingorotadas, si tío Miguel Lechugas, el que vende y pregona: «¡Abanicos de calaña! Si se rompe el papel, queda la caña», es primo hermano carnal de madre! Pero si no quiere, me sacas por la iglesia... y ya está.

—Y tú, ¿qué respondiste á tu madre?— preguntó Tomás.

—¿Qué respondí? Atiende. Le dije al Padre Nolasco: «Padre, mire usted á mi tío.» El Padre le miró, y dijo: «¡Bello señor!» Y le rezó un Padre nuestro, como hace siempre que lo mira. Yo me había puesto lejos de mi madre, porque cada vez que nombro á mi tío, me tira un pellizco.

—¡Oiga! ¿Y por qué?

—Porque no lo hago sino con el fin de que el P. Nolasco le rece un Padre nuestro, y mi madre, en lugar de agradecerme que le procure estos sufragios, se incomoda; porque desde que ha heredado y se ha metido á fina, ha echado un genio como un dragón.

—Pero... vamos al caso: ¿tú respondías acaso á tu madre con llamar la atención del P. Nolasco sobre el retrato de tu tío?

—Aguarda; ya voy, que no soy triquitraque. Le dije, pues, al P. Nolasco cuando concluyó su rezo: «Padre: ¿ha visto usted en su vida de Dios un señor más feo que mi tío?

—¡Jesús! ¡Qué *desacuero!* (1), dijo mi madre, que ya sabes la echa de fina, y es tan fina como yo, y entrambas lo somos como albarda vuelta del revés. ¿Qué tiene mi hermano de feo?— Todo, respondí yo; pero en particu-

(1) Desafuero.

lar las cejas que tiene como bigotes de gato, y el color, que es de membrillo cocho.— No era feo; que era un bello señor, dijo el Padre Nolasco, que es tan bonito como era él.—Pues sepa usted, le dije, que es tan feo porque nunca se casó.—Vete, vete al jardín á regar el lechuguino, moza tempranera, dijo mi madre.» Alegréme de verme despedida como villarda; eché á correr, y me vine aquí más pronto que la luz, y su mercé detrás, y me encerró. Me río; ¿y no me he de reir? Porque ya ves tú que el buey que me corneó, á buena parte me echó. Pues aquí pelo la pava; cosa á la que siempre me ha tirado la inclinación, y que me gusta más que una misa cantada. Mientras no venías, me puse á cantar:

El hablar quiere gracia,
El cantar brío,
Y el pelar la pavita
Quiere sentido.

Mira, Tomás, estaba rabiando por decírtelo.

—¿El qué?

—Que estoy contentísima.

—¿Por qué?

—¡Qué se yo!...

—Pues yo también lo estoy; pero sé por qué.

—¿Pues por qué?

—Porque eres mi novia.

—¡Ya lo creo!

— Y también porque el capitán me ha dicho que me va á llevar de marinero y á enseñarme el pilotaje.

— ¿Y adónde te va á llevar?

— A Hamburgo.

— ¿Otra vez vas á las Indias?

— No; esto es por otro lado.

— ¿Más lejos?

— No, más cerca; de la vuelta de arriba.

— ¡Anda con Dios! Pero mira que no quiero que vayas más á Montevideo, que dice el P. Nolasco que quien lo cuenta una vez no lo cuenta dos.

— No hagas caso de lo que dice el P. Nolasco en tratándose de navegar, porque le tiene tanto miedo al agua, que estoy para mí que le asombra hasta la del Bautismo.

— Tengo que decirte, Tomás.

— Y yo á tí, Rosa.

— Pues empieza tú.

— No, tú; que las faldas van por delante.

— Pueses un acertijo. ¿A que no lo adivinas?

— Veamos.

— Pues atiende:

Yo, y mi hermana diligente,
Andamos en un compás,
Con el pico por delante,
Y los ojos por detrás.

— ¿Los ojos por detrás, el pico por delante?... Será el pavo real.

—¡Qué *espilfarro!* ¿Acaso son dos hermanas? ¡Las tijeras... torpón, las tijeras! Dime tú uno; que me divierten; anda:

--Una dama hermosa
Corre su fortuna,
Corta sin tijeras,
Cose sin agujas.

Rosa se puso pensativa, y murmuró:

—¿Una dama hermosa?... Yo. ¿Corre su fortuna?... Yo. ¿Corta sin tijeras?... Un sayo, yo. Pero eso de coser sin agujas... no caigo.

—¿No me tienes cosido sin agujas á tu reja, mujer?

—Mira, verdad es.

—Pero no es eso, y no has acertado.

—¿Pues qué es?

—Es la lancha.

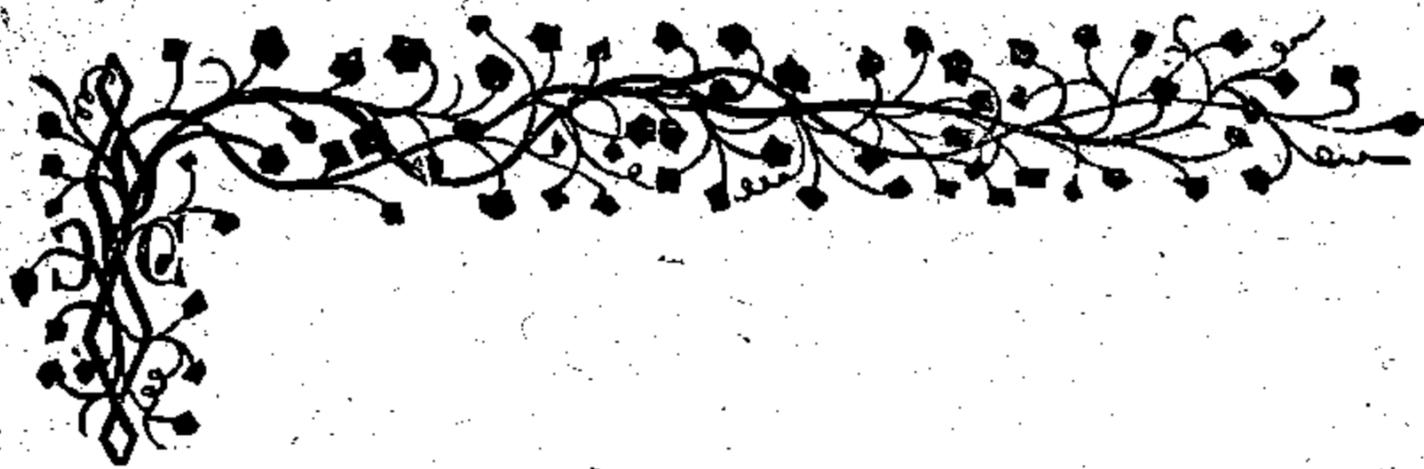
—¡Ay Jesús! ¡Mi madre!...—exclamó Rosa—. Y si me coge aquí, me pegará. Eso no me importa; pero mandará tapiar la ventana, y eso sí me importa.

Diciendo esto, echó á correr; pero volviéndose de repente, dijo á Tomás:

—Cuidado; que cuando vuelvas de la mar me traigas langostinos.

Y ligera y callada como una exhalación, desapareció.

¡Cuántos pecados condena la maledicencia como mortales, que son tan veniales como el referido! ¡Cuántas niñas, por falta de recato y de modestia, se exponen á que sufra su fama!



CAPÍTULO XIII

MIENTRAS Rosa y Tomás tejían su corona de flores de primavera, había llegado la época en la que en el año cincuenta se licenció temporalmente parte del ejército, y los dos hermanos López recibieron permiso para venir á su pueblo. No quisieron avisárselo á su familia para sorprenderla. En Lorenzo entraba la sorpresa, no sólo como medio de avivar el gozo por lo inesperado, sino la intención de no dar tiempo á que nada de cuanto en su ausencia hubiese podido surgir se le pudiese ocultar.

Era un domingo. La tarde declinaba, dejando paso á la noche; inclinábase el sol hacia su descanso, cual si le pesara su corona de dorados rayos. El viento había refrescado, impregnado del frío hálito de la noche. Los aviones habían tocado ya estrepitosamente á silencio á la grey aérea, y sólo el mochuelo tímido y acosado de día se quejaba en su soledad, como el paria, de la segregación de su casta. Las olas se extendían indo-

lentes sobre la playa, bajando el tono de su atronadora voz al de una queda y monótona cantinela; una á una, como las quedas palabras del tímido, salían las estrellas para estampar en el cielo la de *Descanso*.

Dos jóvenes caminaban con ligero y firme paso por el desnudo y escueto camino de Sanlúcar á Rota, apresurando progresivamente su andar, como si cada objeto que divisaban los hubiese reconocido y les gritase: «¡Llegad!»

—Ya siento—dijo el mayor—no haber dado aviso de nuestra alegría á madre. La pobre no está ya para sacudidas.

—Pues yo no lo siento—repuso el menor—, que la alegría da vida; y de esta suerte me cercioraré de cómo se porta Dolores.

—¡Calla, Lorenzo, calla! Que Dolores es una prenda que no mereces tú por desconfiado.

—Esteban, dice el refrán, que de la mujer te guarda y de la buena no fíes nada. Dolores se ha metido á servir contra mi gusto en casa de D.^a Braulia; el por qué no he podido averiguarlo, y algún por qué debe haber; no me lo ha querido mandar á decir; se echa fuera, y herradura que chapeletea, clavo le falta y firme no está. ¿A qué entrar en una casa extraña, pudiendo estar al lado de mi madre? Así, uniendo puntas con cabos, he

venido á entender por esas *turbieses* que algún gusano encierra el capullo.

—Estás, como el profeta Jeremías, que anunciaba la desdicha antes que viniera al mundo. ¡Ya está aviada tu mujer! Ha de ser bien desgraciada. ¡POBRE DOLORES!... Ha entrado á servir; pero, ¡en qué casa, hombre! En casa de D.^a Braulia la viuda, que no tiene más que una niña chica, y que es más recogida y honrada que una Santa Mónica.

—Yo nada digo en contra de la viuda; pero lo que suceda en su casa no lo sabe madre.

—Hermano—dijo Esteban—:

No adelantes el discurso
sino para pensar bien;
que á veces nos discurremos
lo que no ha sido ni es.

Pero por tu mal pensar te había de estar bien empleado de hallarte con que Dolores te hubiese dejado, Lorenzo.

—Ni aun en chanza digas eso, hermano; que en chanza es y cría mala sangre.

Había anochecido cuando llegaron al pueblo.

—Pasemos por la casa de la viuda—dijo Lorenzo.

—Hombre, después irás; vamos primero á casa, que sobre padre no hay compadre—contestó Esteban.

—Hermano —repuso Lorenzo, dirigiéndose á la izquierda—, ¡si no son sino dos pasos más!...

Esteban titubeó; pero, por no entrar solo en su casa, siguió á su hermano á alguna distancia.

Este se había acercado á la casa de la viuda, y en la ventana última vió á un hombre en la reja.

Como había anochecido y le volvía la espalda, sólo pudo ver que era alto y airoso.

Al verlo, sus ojos se abrieron desmesuradamente; una nube pasó ante su vista; su cuerpo se estremeció, como la tierra antes de abrirse paso la lava. Acercóse, sin que el ruido de sus pasos pareciese imponer ni turbar al hombre que estaba en la reja.

—¡Algo sabía Esteban!—murmuró entre sus apretados dientes Lorenzo.

—¿Con que—decía el de la reja en voz que no cuidaba de que fuese oída—me quedarás siempre?

—Por sécula sin fin—murmuró una suave y alegre voz de mujer.

—¿Y te casarás conmigo?

—¡Por supuesto! ¡Vaya!

—¿Aunque se opongan?

—Aunque se opusiese el Rey y todo su ejército capitaneado por el P. Nolasco.

—¡Jesús me valga! ¡Soy muerto!—gritó el infeliz joven, cayendo desplomado en el suelo.

—¡Y por mí!—dijo en lúgubre é iracunda voz Lorenzo—. Veremos si os casáis sin que se oponga y lo impida el que oponerse é impedirlo puede.

—Lorenzo, hermano, ¿has sido tú?—gimió con dulce voz el herido, que reconoció á su agresor.

—¡Dios del cielo! ¿Quién me nombra?—exclamó trémulo y asombrado Lorenzo.

—Yo, yo, Tomás. ¿No me conoces?

—¡Tú!... ¡tú!... — tartamudeó Lorenzo, dando diente con diente, echándose sobre el herido y reconociendo con asombro las lindas é infantiles facciones del hermano de Dolores.

Levantándose en seguida con los brazos alzados al cielo, exclamó en desatentado paroxismo de desesperación:

—¡Dios me maldiga!

—No, no—dijo con debilitada voz el herido—. ¡Él te perdone... como te perdono yo!

Y el pobre niño perdió el sentido.

—Huye, hermano, huye—dijo Esteban, que á pesar de la angustia de su alma conservaba la cabeza serena, viendo que á las voces que había dado Rosa acudían gentes—; huye; yo cuidaré de este infeliz, y puede que

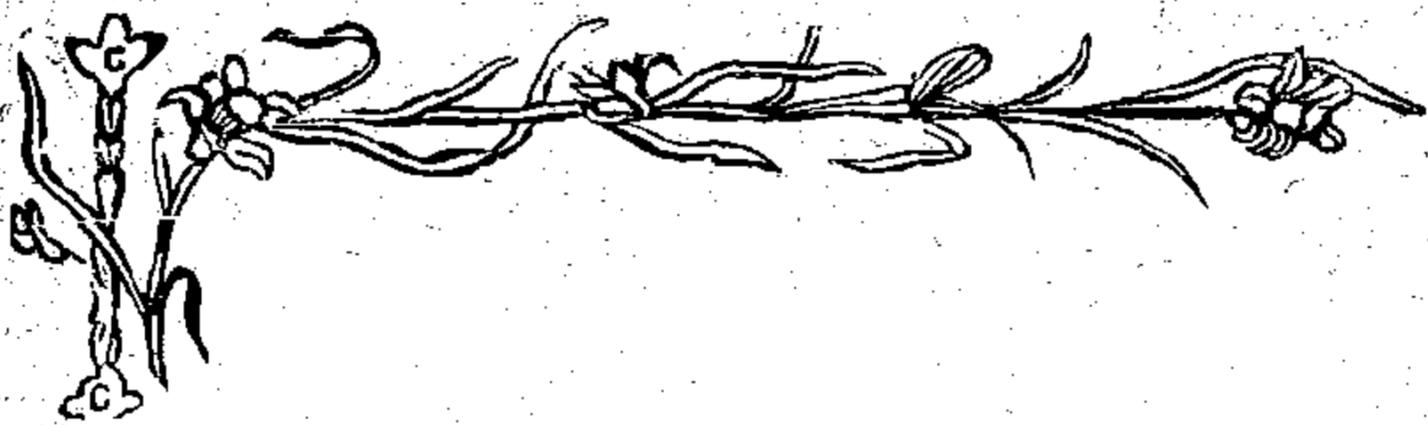
quiera Dios que se salve; huye—prosiguió, empujando hacia una callejuela á su hermano, que con los puños cerrados se golpeaba la frente—. ¿Quiéres matar á padre y á madre?

Lorenzo desapareció en las sombras de la noche.

Apenas se habían reunido algunas gentes, cuando Esteban reflexionó que para no suscitar sospechas contra su hermano, presentándose solo en su casa, debía ausentarse y buscar á Lorenzo, que necesitaba de ser consolado y guiado.

Así fué que se deslizó por entre las gentes que habían acudido; pero no pudo hacerlo sin que algunos lo hubiesen observado y aun tomado las señas, aunque sin reconocerle.

Esteban recorrió en vano aquellas cercanías: no halló á su hermano. Dirigióse á Sanlúcar, donde al día siguiente continuó sus pesquisas, sin notar en su turbación que era espiado; y á la tarde, al salir de una taberna en la que había entrado á escuchar lo que hablaban, por ver si algo averiguaba de su hermano, ó del estado del herido, fué preso.



CAPÍTULO XIV

DOLORES acostumbraba siempre á pasar las tardes de los domingos en casa de los López; pero desde que había venido Tomás, ansiaba porque llegasen esas tardes de asueto, porque las pasaba al lado de su hermano, que paraba en su antigua morada, adonde fué en derechura desde que desembarcó, y de donde no le dejaron salir la familia de López, que le miraban como cosa propia. Habían pasado los dos hermanos, como siempre, la tarde hablando, Dolores, de su pobre madre, y después distrayéndola Tomás con referirle sus viajes, sus percances y fortunas con vivos y alegres colores.

—Todo eso está muy bueno, Montevideo —le decía el P. Nolasco—; pero ¿no habría sido mejor que no hubieses pasado ninguno de esos trabajos, y que te hubieses estado quieto y en gracia de Dios, guardando los puercos del compadre Gil Piñones?

—Padre Nolasco—respondía Tomás—: ¿ve usted esas nubes?

El P. Nolasco miró al cielo y contestó:

—Las veo... ¿Y qué?

—Pues dígales usted que se estén quietas, á ver si lo hacen.

—¡Pues mire la comparación! ¡Buen arriero tienen para que se estén quietas!

—Pues, Padre, otro tengo yo que no me deja parar.

—¡Habrás visto rabo de lagartija como éste! Lo propio estás tú con la mar, como las mariposas con la luz; no has de parar hasta que te trague la mar con sus grandes tragaderas.

—Con Dios, Dolores—dijo á la caída de la tarde Tomás.

—¿Ya te vas?—respondió ésta con tristeza.

—Me precisa—repuso con aire de importancia su hermano.

—¡Si no puede estarse quieto!—observó gruñendo el P. Nolasco.

—Tomás, Tomás—le dijo su hermana, que entendió donde iba—: ¿con que no quieres hacer caso de mis consejos?

—Vamos—repuso Tomás riendo—, ¿ahora vienes tú haciendo la segunda parte del P. Nolasco? Pues mira, yo también te aconsejaré con la copla.

Tomás se puso á cantar:

Dejad llorar á las nubes,
Dejad alumbrar al sol,
Dejad al viejo quejarse
Y al mozo gozar su amor.

—Si fuese reina y tuviese por hija una princesa, todavía me había de parecer poco para él—dijo Dolores, siguiendo con la vista á su hermano.

—Pero ¡qué precioso mozo se ha hecho! —repuso la tía Melchora—. No me canso de mirarle.

—Y ha conservado su mismo genio de antes, su sal, su mismo agrado, su misma alegría, su mismo ángel—añadió Catalina.

—Verdad es—dijo el P. Nolasco—; sería completo si no fuera tan terco.

En la misma hora que tenía lugar la catástrofe que hemos descrito se preparaba Dolores á regresar en casa de su ama, cuando se esparció por el pueblo la alarmante y tétrica voz: «¡Un herido!»

Cuando cunde esta lúgubre voz en un pueblo de campo, el efecto que produce es sumamente conmovedor. Cantos, risas y juegos se extinguen instantáneamente; sucédeles un hosco silencio, sólo interrumpido por exclamaciones de lástima y horror, y de todas las casas se ven salir mujeres pálidas y azoradas, tocándose por las calles los pañue-

los, y dirigiéndose presurosas al sitio de la catástrofe, murmurando con angustia: «¡Mi marido! ¡mi hijo! ¡mi hermano!» Si es una riña y llegan antes que se haya terminado, se las ve, verdaderas heroínas, no por vanagloria, sino por amor, echarse denodadamente entre los combatientes, sin temer á sus puñales, ni á la ceguedad de su ira; lo que prueba que el ideal á que pueden llegar los sentimientos del corazón se halla en la naturaleza más cumplido y santo que no en las creaciones romancescas, pues que el ideal del sentir está en el corazón que lo exhala y no en la cabeza que lo crea.

—¡Es Tomás, Tomás; el hijo de la pobre tía Tomasa!—dijeron unas mujeres al pasar por la calle.

—¿Qué dicen?—preguntó Dolores, á cuyos oídos llegaron el nombre de su hermano y de su madre—. ¿Qué han dicho?—volvió á preguntar, cayendo sobre una silla, pues no pudo sostenerse en pie.

Catalina se había arrojado á la puerta de la calle, y corría fuera de sí para alcanzar á las mujeres que acababan de pasar.

—No me impuse—contestó á Dolores más muerta que viva la tía Melchora, á cuyos oídos habían llegado los dos nombres.

El P. Nolasco nada había oído; y el tío Mateo estaba en el corral.

En este instante se acercaba pausadamente y en silencio un grupo de hombres, que traían tendido sobre una escalera al herido. Yacia éste sin sentido; estaba blanco como el jazmín caído de su rama, y parecía dormir sin dolores y sin encono.

—¡Mi hermano!—gritó con sofocada voz Dolores, cruzando con convulsa vehemencia sus manos sobre su pecho.

—¡Tomás! ¡Jesús!.. —dijo con dolor el tío Mateo—. ¿Quién ha sido el malvado que ha herido á ese inocente?

—No se sabe—respondieron los hombres.

—¡Tomás! ¡Hijo mío! ¿No me oyes?—dijo el P. Nolasco, tomando entre las suyas las yertas manos del pobre niño—. ¿Está muerto? —añadió, acercando su mano al rostro del herido—. No. ¡Corred, corred por el cirujano!

—Ya viene —le fué contestado.

Tomás fué acostado en la cama que había sido de Lorenzo.

Llegaba el cirujano, que registró la herida, hizo la cura, y dijo al salir al P. Nolasco:

—Cuando vuelva en sí con el espíritu que acabo de recetar, que le administren, pues no pasará de la noche.

El P. Nolasco se volvió á la cabezera del herido, que en este instante volvía en sí y decía:

— ¿Dónde estoy?

— En mi casa, en mi casa — respondió la buena anciana —; en la cama de mi Lorenzo.

— Sacadme de ella, sacadme de ella — dijo con débil, pero azorada voz el herido.

— ¿Y por qué, hijo?

— Porque si muero, no querrá Lorenzo acostarse más en ella — respondió Tomás.

— En ella vas á curar, hijo mío — repuso la tía Melchora.

— ¡No, no! — dijo el pobre niño —. ¡Voy á morir!

Y volviendo los ojos entonces hacia el Padre Nolasco, prosiguió con dulce sonrisa:

— Ya veis, Padre, que no era en la mar en donde me esperaba la muerte.

— Mejor para ti, que vas ahora á morir como un santo, rodeado de tu gente y teniéndome á mí á la vera para administrarte los Santos Sacramentos — contestó el Padre.

Entró en este instante el Alcalde para tomarle declaración.

Tomás contestó á las preguntas de éste, que había sido herido por equivocación, según oyó decir al agresor, á quien no conoció; pero, fuese quien fuese, le perdonaba.

Alejáronse en seguida todos para dejarle solo con el P. Nolasco, á fin de que pudiese confesarle.

Cuando hubo terminado la confesión, y el Padre le preguntó si le quedaba aún algo sobre su conciencia, contestó:

— Algo, sí, Padre... He mentido ahora poco.

— ¿Cómo es eso, hijo, ahora poco?

— Sí — dijo el moribundo —; he dicho al Alcalde... he dicho que no conocía á mi matador.

— ¡Y qué! ¿Le conociste?

— Bajo sigilo de confesión os digo que sí, Padre, le conocí.

— ¿Y quién fué?

— Eso no lo diré yo, Padre; que el callarlo no agrava mi conciencia.

En este instante fué el infeliz acometido de un copioso vómito de sangre. La agitación que esto produjo en la casa permitió á Dolores el escapar á la vigilancia de algunas mujeres que la guardaban, apartada de aquel cuadro tétrico y destrozador, y se precipitó en el cuarto con los ojos desencajados y pálida como la estatua de mármol de un sepulcro.

— ¡POBRE DOLORES! — dijo con ahogada y apagada voz el moribundo, mientras dos lágrimas asomaban á sus ojos, ya quebrados por la muerte que le invadía, y dulces aún por la vida que le quedaba.

— Ya le llegará su vez de descansar — dijo el P. Nolasco —. Vete, vete — añadió, entre-

gando á la desesperada é inerte Dolores en manos de las mujeres que la habían seguido—, vete, que perturbas su alma. No pienses más que en Dios, que es tu Padre, y te llama á Sí — añadió volviendo á la cabecera del agonizante.

— ¡No pensaré más que en Él!—murmuró Tomás, alzando sus ojos, aún llenos de lágrimas, al cielo.

— Ahora que estás preparado que mejor no cabe, hijo mío, levanta tu corazón al SEÑOR misericordioso, á quien vas á ver, y muere tranquilo, que aquí estoy encomendándote el alma como si fueses mi propio hijo.

Tomás apretó suavemente la mano del Padre, sonrió, cerró los ojos... y no los volvió á abrir.

Entonces en voz baja, luego en voz más alta, y después en gemidos, pasó de boca en boca esta terrible voz: «¡MURIÓ!»

— ¡Qué dolor! ¡qué dolor! — exclamaban las mujeres —. ¡Las campanas van á doblar solas! ¡Quién vió tal iniquidad de matar á ese inocente que á nadie ofendió ni con el pensamiento!

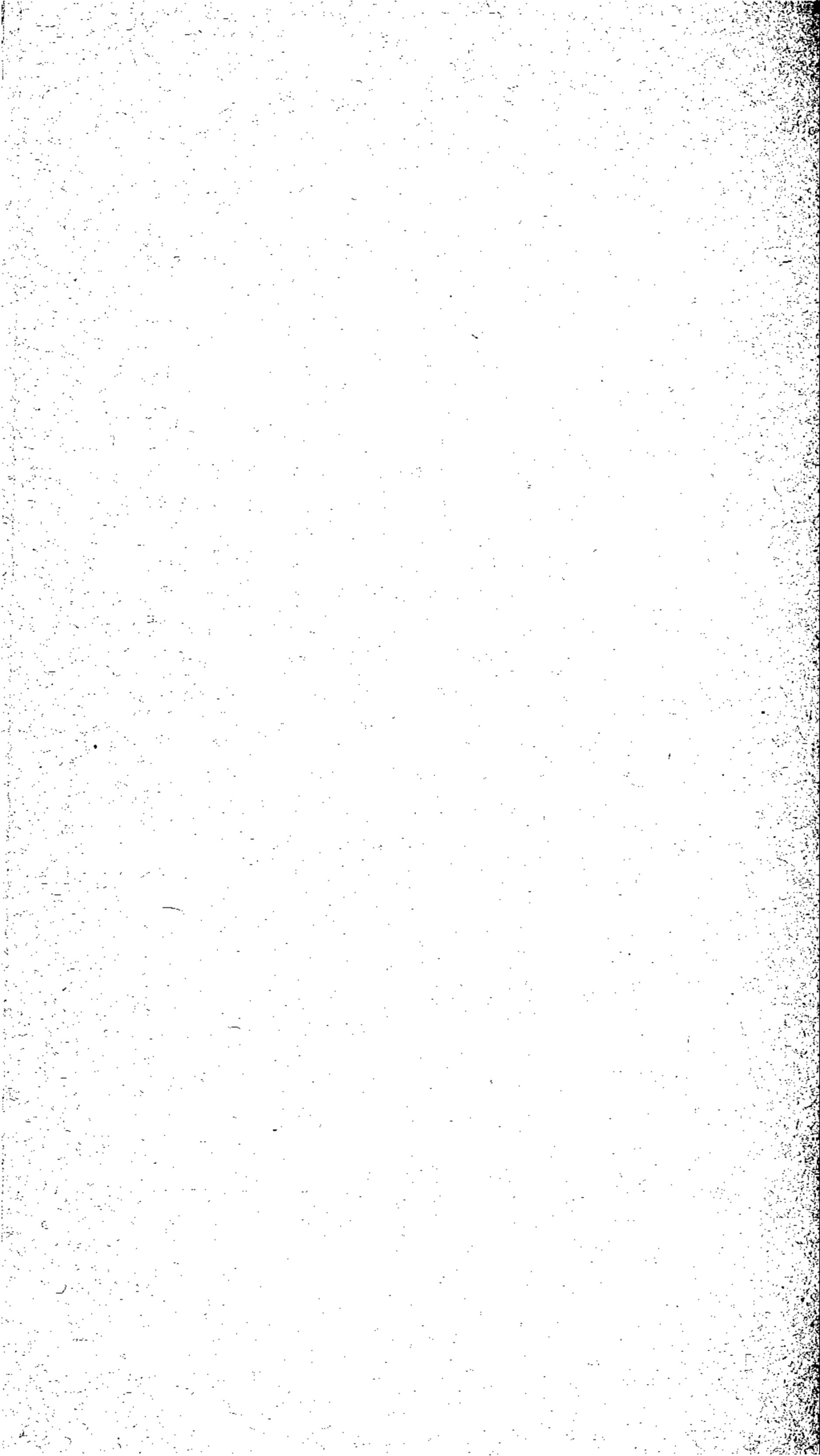
— ¡Y le perdonó! — añadían otras llorando—. Era un ángel que ha muerto como ha vivido, sin hacer daño á nadie. ¡Si ésta es la muerte de Abel!

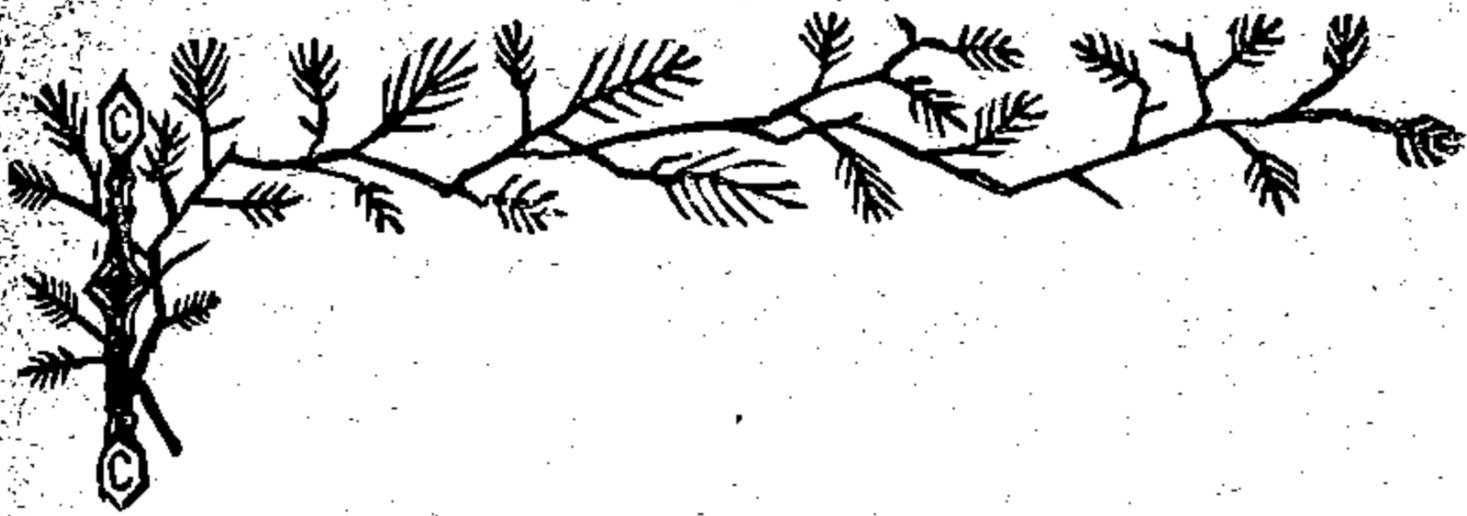
Dolores estaba como petrificada: sus ojos no lloraban; sus labios no gemían, y sólo de cuando en cuando un estremecimiento nervioso demostraba que viviese. Las buenas mujeres le habían puesto sobre el corazón un pedazo de paño de grana, habían salpicado su rostro de agua y á todo resistía su inercia. De repente se levantó, fué á su arca, que guardaba en su cuarto la tía Melchora, sacó todo el dinero, tan trabajosamente ganado y tan cuidadosamente guardado, que estaba destinado á comprar su ajuar de novia, y entregándoselo á la buena anciana, dijo con voz que apenas se oía:

— ¡Para la caja, tía Melchora; que quiero que lleve caja propia para el entierro... y para sufragios!

Dicho lo cual, dió un gemido, y cayó desplomada en el suelo.







CAPÍTULO XV

ESTEBAN había sido conducido á Sevilla, y debía ser juzgado por un Consejo de guerra.

En los interrogatorios había sostenido con calma y firmeza que él no había cometido el crimen que se le imputaba. Reconocido por el hortelano de la viuda, que fué el primero que había acudido al lugar de la catástrofe, y que le había hablado, no negaba su presencia, pero negaba el crimen. Reconvenido con la objeción de que, hallándose allí en el momento de suceder la muerte, debería haber visto al asesino, lo negaba, lo cual aumentaba las flagrantes pruebas de culpabilidad que contra él se aglomeraban. Su salida ó fuga de Rota á esa hora, á pesar de declarar que era aquel el destino de su viaje; su afán al siguiente día en recorrer las tabernas de Sanlúcar con el marcado fin de saber cuanto de la catástrofe se decía, y averiguar si había muerto el herido; alguna turbación y vacilamiento en sus respuestas; todo atestiguaba de

tal manera en contra de él, y el crimen era tan horroroso, que se le impuso por unanimidad la sentencia de muerte.

Esteban la oyó con serenidad. Debe, en efecto, ser menos horrorosa la muerte violenta cuando se presenta como sacrificio, que no cuando se presenta como expiación.

En el momento en que se iban á llevar al reo de la sala del Consejo, salió de entre un grupo de hombres un joven que se adelantó de repente con paso firme hacia el tribunal. La lívida palidez que cubría su semblante enérgico no parecía debida á la emoción del momento, sino aneja á aquel rostro en que nada de la vida parecía haber quedado sino un fuego sombrío en sus negros y ardientes ojos.

— Ese hombre es inocente — dijo con acento firme y seco, dirigiéndose al Consejo.

— ¿Cómo lo sabéis, y cómo podréis probarlo?

— Entregando al reo.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— Pues traedle.

— Ya está aquí.

— Pues ¿quién es?

— ¡Yo!

— ¡Vos!

—Yo, convicto y confeso.

Hubo un momento de silencio, debido al asombro y estupefacción que causó esta escena.

—¡Hermano!—exclamó al fin Esteban—. ¿Qué has hecho?

—¿Y tu habías pensado—contestó el otro en tono de reconvención—que te dejaría yo morir? Oye. ¿De cuándo acá me has tenido tú por un infame? Nunca fuí bueno, lo sé; siempre tuve en mí mismo el enemigo que había de perderme. Pero de ahí á ser un vil cobarde que dejase pagar á un inocente mi delito, va mucho, hermano. Intenté procurar tu fuga de la cárcel; pero no lo conseguí, porque nada bueno podía lograrse al que Dios dejó de su mano. Así, pues, caiga sobre el delincuente la ley, y cúmplase en mí la sentencia de que quien á hierro mata á hierro muere. Adiós; consuela á nuestros padres, y... ¡perdonadme todos!

El Consejo, en vista de este inesperado incidente, se suspendió, y Lorenzo fué mandado trasladar á la cárcel en lugar de Esteban, que quedó libre; mas este estaba como herido de un rayo, sin palabras, sin acción y sin voluntad. Sintióse fuertemente asido de un brazo por una persona que lo sacó de aquel funesto lugar, y que impulsándole sin que el anonadado Esteban pusiese resisten-

cia, lo llevó á una casa en que entraron, cerrando en seguida la puerta el que lo conducía.

—¡Animo, ánimo!—le dijo, presentándole un vaso de vino—. ¡Animo, que lo requieren las barbas!

Esteban levantó los ojos, y por vez primera miró á la persona que lo había traído á aquel sitio.

—¿Sois vos?—exclamó—. ¿Y os habeis atrevido?

—Para las ocasiones son los amigos—respondió su conductor, que no era otro que su antiguo vecino el carabinero.

—Con que... ¿te ibas á dejar matar?—exclamó Pepa, que había acudido y abrazaba con lágrimas á Esteban.

—¡Y había de delatar á mi hermano, señora!—contestó éste.

—Ahora mismo te vas á meter en el vapor é irte á Sanlúcar, y de allí á Rota; que ojos que no ven, corazón no quiebran—opinó el carabinero.

—Perdone usted, señor — repuso Esteban, que volvía á recobrar su energía—; que yo donde ahora voy es al lado de mi hermano.

Por más que hicieron Pepa y su marido para apartar á Esteban de su intento, no fue posible.

El carabinero le acompañó; pero cuando llegaron á la cárcel, como si su llegada hubiese sido prevista, salió el oficial, por quien Esteban había sido defendido, á recibirle.

—El reo—dijo—me envía á vuestro encuentro porque no quiere veros, no por falta de valor, pues está resignado y tranquilo, ni por falta de cariño, sino por interés hacia vos, que no podríais verle sin sufrir un dolor tanto más vehemente cuanto que no será corto y transitorio como el suyo. Me ha dicho que si la voluntad del que va á morir es sagrada, que la atendáis, y le deis con ello ese último consuelo. Partid en este instante: id á consolar á sus padres, y abrid allí esta carta de despedida, que es su última comunicación con este mundo, pues desde que me la dictó sólo tiene su mente en la eternidad, que tan magna aparece á la hora de morir. No os desesperancéis; si algo en su favor se puede hacer, se hará.

Al oír estas terminantes palabras el infeliz Esteban volvió á caer en su sombría inercia.

—¡Pues qué!—murmuraba con ahogada voz.—¿No le veré más? ¿No volveré á ver al hermano de mi alma? ¡Jesús! ¡María Santísima! ¡Esto es peor que morir! Más valiera mil veces que nunca se hubiese presentado.

El buen carabinero, con sus pocas palabras, pero con su mucho celo, se llevó á Esteban.

—¡Animo, ánimo!—repetía.—Es preciso hacer de tripas corazón. Vete á tu casa. ¿Qué vas á hacer aquí?

Diciendo esto, le arrastraba consigo por la orilla del río, y apresuraba el paso al ver que por una feliz coincidencia se preparaba un vapor á salir para Sanlúcar. Cuando llegó, le metió en la embarcación, pagó su pasaje, le recomendó á un camarero conocido suyo, y se volvió á tierra en el mismo momento en que, levando el ancla el vapor, empezaba á imprimir á aquella pesada mole el impulso que la había de hacer ligera y rápida cual la flecha al impulso del arco.

¿Qué pluma podrá pintar las destrozadas escenas que se sucedieron en la casa, antes tan feliz, de los López, al saber golpe sobre golpe, mediante á la brusca franqueza campesina, las desastrosas nuevas de que era Esteban portador? ¿Quién puede pintar aquella desatentada desesperación, aquel sufrimiento infinito? Cuanto decirse pudiera quedaría muy atrás de la realidad, como se queda el pincel que intenta pintar el agua y el fuego, á los que no puede dar calor ni movimiento.

En medio de esta desolación fué leída por el P. Nolasco la carta de Lorenzo, que era como sigue:

«Ni á Dios ni á los padres se les pide nunca perdón en balde; y como á Dios se lo he pedido, os lo pido á vosotros, á quienes tan mal pago he dado por el amor que me han tenido. No se aflijan ustedes por mi suerte, que no llevo más que lo que merezco, y lo recibo resignado, á la vez como castigo y expiación. ¡Hermano: Dios te pague el gran cariño que me has demostrado! Que si viviese, no te lo pagaría besando la tierra que pisas. Otra cosa quiero que hagas por mí para poder morir tranquilo. A esa desdichada á quien dejé en una mala hora sin arrimo ni calor de nadie, ampárala; cástate con ella; ¡hazle dulce la vida, que tan amarga le hice yo! Y para que muera tranquilo, prometedlo al leer mi carta, por que las palabras dadas al que va á morir se cumplan; pues el saber que se cumplen ha de ser el consuelo que me lleve yo á la tierra. Perdonadme y encomendadme á Dios, que Él es el que nos consuela á todos!»

Cuando en medio de sollozos y gemidos se terminó la lectura, Esteban se acercó á la cama en que yacía, cual un cadáver convulso, la infeliz Dolores.

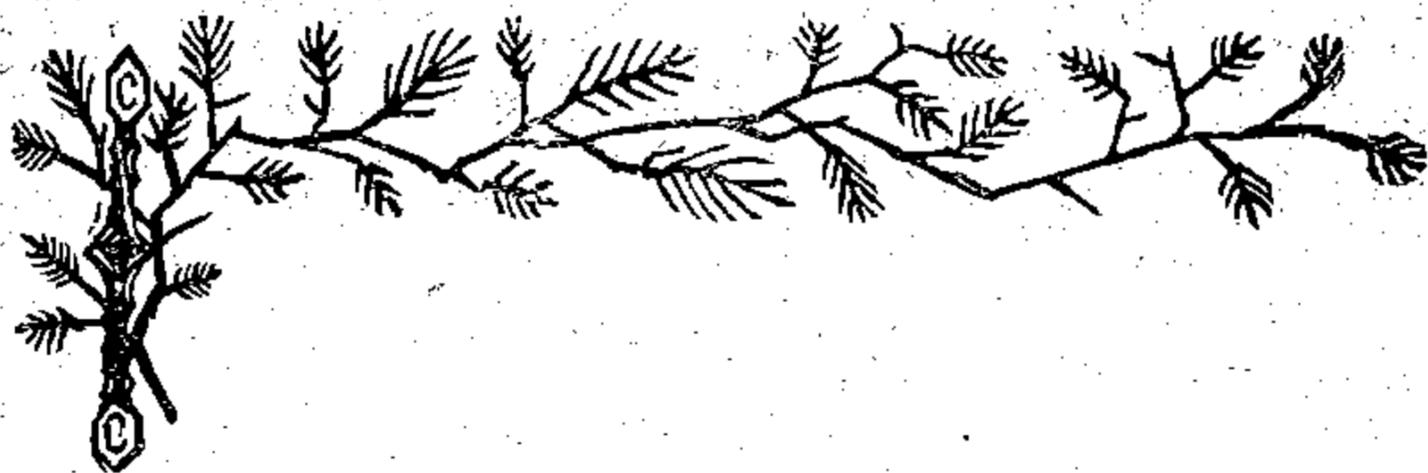
—Dolores—le dijo—: la última voluntad de mi hermano es sagrada; ni tú puedes tener otro marido que yo, ni yo otra mujer que tú. Él confía en que no haremos falla su última voluntad, y no debemos marrarle.

Dolores calló y siguió sollozando.

—Si no consientes — dijo con angustia— Esteban—, es que no lo quieres á él, no me aprecias á mí y no estimas á la familia. ¿Prometes, Dolores? Que el tiempo urge.

—Prometo—gimió Dolores—hacer lo que él quiso y tú quieres.





CAPÍTULO XVI

EIS días habían pasado en esta agonía. La pobre madre estaba en una convulsión casi continua; el padre había envejecido de golpe, y su cuerpo, hasta entonces robusto y derecho, se había doblado cual el árbol que venció un huracán. Dolores daba pocas esperanzas de vida. Catalina hallaba fuerzas en su amor á sus padres para no dejarse postrar por su dolor, y Esteban, anonadado, sofocaba su desesperación por no aumentar la de sus padres. Sólo el Padre Nolasco estaba sereno, y era á su vez la Providencia de esa familia, como ella había sido la suya. Cuidaba á todos, y á todos exhortaba con fuertes argumentos á la conformidad en las penas, aun las más acerbas, puesto que para ellas la prescribe Dios, y de lo que tan admirable ejemplo nos dió su SANTA MADRE. A intervalos levantaba su voz en las oraciones, cuyo sonido conocido y amado llega al oído con toda la magia de un consuelo, de un recuerdo, de una esperanza;

como el lazo que une á vivos y muertos, y esta vida á la otra vida.

Una mañana, algunas vecinas que venían caritativamente á asistir á esta infeliz familia, decían al médico al salir:

—Señor: nada de cuanto le mandáis le hace á la pobre de la madre; esto le cuesta la vida.

—Más cuidado me da el padre, aunque aparenta más serenidad — respondió el médico.

—¿Y Dolores, señor? ¿Será preciso administrarla?

—Todavía no urge; es joven y aquí hay sujeto. Una crisis podrá salvarla.

En este momento se abrió violentamente la puerta, y el carabinero, sofocado, desalado y cubierto de polvo, se precipitó en la casa gritando:

—¡Señores, mientras hay Dios hay misericordia! ¡Indultado! ¡Indultado!

Nada más dijo; nada más pudo decir; pero nada más necesitaba decir para volver la vida á aquella agonizante familia.

Esteban se abalanzó fuera de sí al carabinero.

—¡Qué decís! ¿Indultado?

—Indultado.

—¿Mi hijo? — gritó saltando de su lecho, sobre el que estaba tendida, la madre.

—¡Lorenzo!

—¿Por el tribunal?—exclamó el padre, que se había levantado erguido como un joven.

—¡Qué por el tribunal! Por la REINA. ¡VIVA LA REINA! ¡VIVA ISABEL SEGUNDA!—gritó el carabinero, tirando por alto su morrión.

—¿No morirá?—sonó la débil voz de Dolores desde su alcoba, que daba al patio.

—Cuando Dios quiera, y no antes—respondió el carabinero.

La escena que siguió, difícil sería pintarla cuando no tienen los mismos actores que en ella actuaron memoria ni recuerdo de lo que pasó. La madre se dejó caer inánime en los brazos de su marido; Esteban y Catalina rodeaban con sus brazos el santo grupo que formaban sus ancianos padres; Dolores había hallado fuerzas para incorporarse en su lecho, cruzar las manos y alzar al cielo su ferviente acción de gracias; las buenas vecinas lloraban á gritos; el carabinero no cesaba de pasar el revés de su mano por sus bigotes empapados en lágrimas, y sólo el P. Nolasco, impassible, decía:

—¿Lo veis, hijos? Dios aprieta y no ahoga. Bien os lo decía yo: ¡Conformidad! ¡La esperanza es lo último que se pierde! Si las de acá abajo salen fallidas, las de allá arriba son siempre ciertas. Así es que ha hecho Su Divina Majestad de la esperanza una virtud,

y manda á las criaturas que la tengan siempre en su corazón para que no desfallezcan. El corazón desfallecido no es corazón legítimo, hermanos.

¡Oh, caridad! Pon á menudo la pluma en la poderosa mano que puede firmar el indulto. Si no es en consideración al reo, séalo en consideración á su familia, inocente de su culpa!

El extraño suceso acaecido en el Consejo de guerra se había esparcido y despertado la curiosidad y el interés público; pero muy en particular entre los Oficiales que componían el Consejo, y que habían presenciado aquella escena de honradez y de amor fraternal. La sencilla nobleza que vieron en el porte y palabras de aquellos hombres graduados de rústicos les había enternecido, porque tras los rostros tostados é impávidos, y de las manos endurecidas con el manejo del sable, suelen alguna vez latir corazones más blandos y generosos que no entre otros rostros blandos y delicados, ya de uno ú otro sexo, que se inmutan y enternecen en *conversación*.

Uniéronse á esta simpatía general la de altos personajes, que levantaron una súplica de gracia á la buena Soberana, tan dispuesta á la clemencia, que nunca se acude en vano á su hermoso corazón. A ese corazón bendito que halló voces para perdonar á un enemi-

go en el mismo momento de recibir el ale-
voso é inicuo golpe regicida, nunca le pueden
faltar esas palabras de clemencia que son el
derecho divino de los Reyes.

—¿Y queda libre? ¿Vendrá acá?—pregun-
tó la madre cuando al primer enajenamiento
siguió un poco de calma.

—Si por la Reina fuese, vendría... ¡Seño-
res, VIVA LA REINA!—dijo el carabinero.

—¡Bendita de Dios sea la Reina!—exclama-
ron todos con explosión y entusiasta gratitud.

—¡Si por la Reina fuese... vendría!—prosi-
guió el carabinero.—Pero Su Majestad no
puede mas que perdonarle la vida. Entra
después la pena que le sigue: presidio.

—¡Presidio!—exclamó la pobre madre.

—Sí, señora. ¡Y cómo ha de ser! ¡Quien la
hace la paga, tía Melchora!—dijo el carabi-
nero.

—¡Pero si Tomás, el ángel mío, que murió
como un Abel, le perdonó!...

—Eso tiene á su favor; pero no basta.

La madre se echó á llorar amargamente.

—Melchora, no ofendas á Dios — le dijo el
tío Mateo, volviendo á caer doblado y con la
cabeza caída sobre su asiento.

—¡Es que yo le creí libre!...—repuso sollo-
zando la madre.

—¿A qué prometértelas tan felices, mujer?
¡Si lo que ha hecho es un delito de los gran-

des!... Su castigo ha de llevar — repuso el honrado anciano.

—¿Y adónde va, Sr. Canuto? — preguntó la pobre madre.

—A las islas Marianas.

—¿Y por cuánto tiempo?

—No se sabe—contestó el carabiniere, que sabía que era de por vida.

El pobre tío Mateo lo había comprendido también así.

Entretanto, había llamado Dolores á Esteban á su lecho, y le decía:

—Esteban, puesto que, gracias á la misericordia divina y humana, Lorenzo queda con vida, no hay nada de las promesas hechas á un difunto. Mientras viva él, no seré mujer de otro.

—Así lo entiendo yo, Dolores—respondió Esteban—. Mucho te quiero, y á la par de mi hermana Catalina; pero siempre he mirado en ti la mujer de Lorenzo, y el casarnos viviendo él me parece como mancha de sangre. Pero te quedarás con nosotros, Dolores; que buenos brazos tengo yo para mantener á una hermana, y yo soy dos veces tu hermano, una por Lorenzo y otra por Tomás.

Dolores se echó á llorar.

—Mira—le dijo el P. Nolasco cuando Esteban se hubo marchado—; Rosita me ha en-

cargado que te diga que no viene á verte porque no quiere ni pisar esta casa ni ver á ninguno de las gentes de Lorenzo. Y por más que le he dicho que eso no está bien, no hay quien la venza, al menos por ahora. Me dijo que te dijera que tú no habías de estar en ninguna parte mientras ella viva, sino á la vera suya; ya lo sabes.

Rosa también, como Dolores, había pasado de la infancia á la juventud, por las lágrimas. Aquel color de rosa tan fresco y subido que ostentaban sus mejillas había desaparecido para siempre de su rostro. Su petulante alegría se había apagado como una luz al soplo del torbellino. Ya no llamaba la atención del P. Nolasco sobre el retrato de su tío; ya no sostenía con su madre sus emancipadas polémicas. Ocupaba su vida seriamente, frecuentaba las iglesias, se ocupaba de los quehaceres de la casa y mucho de los pobres.

El aniversario del día 5 de Septiembre, de lúgubre memoria, se ve en el convento, al borde del mar, á un sacerdote anciano, que dice pausadamente una misa de difuntos. Oyena siempre dos mujeres, que están estrechamente unidas; una es una joven, bien vestida, grave, pero lozana, que parece empezar una existencia seria y útil; la otra, también joven, enlutada, pálida, delgada y

destruída, que parece acabar una vida de sufrimientos; la primera, es Rosa; la segunda, Dolores.

Cuando las ven pasar, dicen todos con simpatía:

—¡Cómo ha sentado Rosa, la de D.^a Braulia! Se ha hecho una mujer de su casa, como Dios manda.

Y añaden conmovidos:

—Dolores, la de la tía Tomasa, se va consumiendo como la luna menguante. No le ha quedado cara en que persignarse. ¡TIENE MUERTO EL CORAZÓN EN EL PECHO! ¡Esa nació para sufrir!... ¡POBRE DOLORES!

FIN